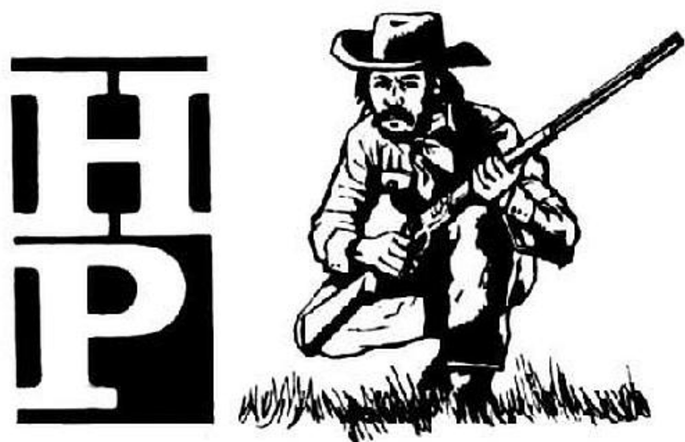


JINETES DE MEDIANOCHE

Silver KANE



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

JINETES DE MEDIANOCHE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 531
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 818-1980

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: marzo, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó de repente, como esas pesadillas que se inician en cuestión de segundos y luego nadie sabe cuándo terminarán.

Jim Donovan, que estaba durmiendo en la llanura, se dio cuenta de que algo anormal sucedía al notar la inquietud de su caballo. Se medio incorporó, mirando hacia las tinieblas.

Y entonces empezaron los disparos.

Eran como una traca furibunda, salvaje, como si dos verdaderos ejércitos se hubieran enfrentado en una batalla.

Jim Donovan no sabía aun lo que aquello significaba.

No sabía que estaba siendo testigo, al menos de oídas, de uno de los ataques de los Jinetes de Medianoche.

En realidad aún no los había oído nombrar nunca.

Pero pronto iba a saber de ellos más de lo que quisiera.

Se puso en pie.

El ruido de los disparos venía del sur, y el oído experto del joven empezó a distinguir entre ellos. Eran unos veinte rifles los que disparaban. También se oía espaciadamente algún disparo de revólver.

Jim se dirigió hacia su caballo.

La verdad era que tenía cosas muy importantes en qué pensar, y no quería verse envuelto en una verdadera batalla como aquélla.

Pero tampoco podía permanecer indiferente. De modo que ensilló al animal y le dio un par de palmadas en el cuello, para tranquilizarle.

—Creo que nos han interrumpido el sueño, amigo. Vamos a ver qué pasa. De todos modos, no está lejos.

En efecto, no lo estaba. O lo parecía.

Daba la sensación de que los disparos se oían más cerca porque

el sonido se transmite en línea recta, Pero en aquel enrevesado paisaje de Arizona todos los caminos eran sinuosos y curvos. Tuvo que dar una enorme cantidad de vueltas y perder un tiempo incalculable para llegar a la vista del lugar donde se realizaban los hechos.

Por lo que pudo distinguir a distancia, era un rancho bastante grande.

Y rico. O al menos lo había sido.

Pensó que «lo había sido» porque ya no lo era. Cuando llegó a sus proximidades, el edificio estaba convertido en una verdadera antorcha. No se veía ni una sola res por las cercanías. Hasta los caballos habían sido robados. Sólo unos cuantos potrancos ya viejos giraban en torno a las llamas, sin saber adónde ir.

Jim tropezó con un par de cadáveres.

Debían ser de la banda agresora.

Notó que uno de los dos muertos tenía aspecto de canadiense, y el otro de mexicano. Eso indicaba que la banda que había realizado el asalto era un auténtico grupo internacional, compuesto por lo peorcito de la gente que merodeaba en las zonas de la frontera. Los dos individuos aún estaban abrazados a sus rifles, y aparecían materialmente cosidos a balazos.

También se veían manchas de sangre en otros sitios, entre las pisadas de los caballos, lo cual indicaba que unos cuantos de los atacantes habían tenido que retirarse heridos.

Pero la victoria era suya, no cabía duda.

Se notaba por el rancho incendiado y por el robo de todos los animales que hasta aquella noche habían constituido su riqueza.

Jim avanzó, acercándose a las llamas todo lo que pudo.

Ignoraba el número de cadáveres que se encontraban entre éstas. Debido a la magnitud del incendio tampoco podía averiguarlo. Pero bordeó las llamas tratando de encontrar algún herido al que pudiese ayudar.

Sólo encontró muertos.

Los defensores del rancho yacían aquí y allá, unos abrazados a sus rifles y otros todavía empuñando su revólver. Por lo que pudo apreciar, hasta las mujeres habían defendido el edificio, porque un par de ellas estaban muertas. Jim Donovan tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla.

Al fin oyó unos gemidos ahogados.

Fue hacia el lugar donde sonaban y pudo ver a un vaquero joven, tumbado en tierra, que trataba de arrastrarse para huir de las llamas que aún podían envolverle. Jim le ayudó y le colocó de espaldas a un sitio fresco. Vio que el hombre estaba herido en el pecho y no se hizo demasiadas ilusiones. Las heridas eran mortales de necesidad. Pero al menos decidió ayudarle a que acabara sin dolor.

Fue hacia su caballo y descolgó la cantimplora llena de licor que llevaba siempre consigo.

Dio un largo trago al herido y luego le secó el sudor de la frente.

—No te preocupes… Pronto te pondrás bien.

—Demasiado sé… que no. Me he pasado la vida viendo heridas de bala. Éstas son… de las que acaban con uno. ¿Quién eres tú?

—Sólo un caminante —dijo Jim Donovan.

—Pues has llegado en buen momento, amigo…, para verme morir.

Jim le dio otro trago y luego le puso un cigarrillo entre los labios.

—¿Te sientes mejor?

—¿Y eso qué importa, amigo? Voy a morir, de todos modos. Pero te agradezco lo que haces por mí.

—¿Quién ha hecho esta carnicería?

—Los Jinetes de Medianoche.

Jim arqueó una ceja.

Era la primera vez que los oía nombrar en serio.

Los conocía por referencias, claro, como todo el mundo. Pero hasta entonces había llegado a creer que se trataba de tipos un poco legendarios, que no existían en realidad. De pronto se daba cuenta de que no sólo existían, sino de que además eran implacables. Sintió un regusto amargo en la boca.

—¿Hacia dónde han huido?

El herido rió, aunque se crispaba de dolor.

—¿Y eso qué importa, amigo? ¿Vas a ir tú solo a perseguirles?

—¿Cuántos eran?

—Eso depende de los que hayan caído muertos.

—Sólo dos.

—Entonces deben quedar unos catorce. Si no he contado mal

cuando nos atacaban, eran dieciséis o diecisiete.

Jim hizo un gesto de preocupación.

No era por la banda de forajidos, a la que ya suponía lejos.

Era porque se daba cuenta de que aquel herido se le estaba yendo de entre las manos.

Era un hombre valeroso, sin duda, y que trataba de mostrarse animado, pero ya no podía ni respirar.

El joven le levantó la cabeza.

Trató de ayudarle hasta el último momento, pero el desenlace llegó pronto, antes de lo que esperaba.

De pronto el vaquero cesó de moverse, dejó de mirar.

El cigarrillo resbaló de entre sus labios.

Jim Donovan le puso cuidadosamente la cabeza en el suelo, como si aún pudiera hacerle daño.

Luego se levantó.

Paseó su mirada por todo aquello, por todo aquel desastre.

Él era un hombre pacífico, o al menos procuraba serlo. Y no podía evitar sentir una terrible sensación de vértigo.

En fin, ya nada más podía hacer allí.

Montó en su caballo y se alejó con cierta rapidez, sin mirar atrás, como si deseara olvidar lo que había visto.

Era la primera vez que se encontraba con los Jinetes de Medianoche. Y no sabía la importancia que eso iba a tener para el curso futuro de su vida.

CAPÍTULO II

Jim nunca había visto una ciudad como aquélla.

No conocía bien Arizona, y tenía que fiarse de planos hechos por exploradores y viajeros. Pero estaba seguro de que aquella ciudad no figuraba en ningún mapa. Y sin embargo era bastante grande.

Vista de lejos, era como tantas y tantas otras. Unas cuantas casas polvorientas, un caminillo y unos apartaderos para el ganado. Pero las sorpresas se producían cuando se acercaba uno.

En primer lugar, no se divisaba el campanario de ninguna iglesia. Casi todos los pueblos la tenían, y resultaba algo extraño que éste careciese de ella. Tampoco, a lo largo de la calle principal, se distinguía ningún edificio que tuviera aspecto de banco.

En cambio, los «saloons» abundaban.

Se veían más que en cualquier otra ciudad de Arizona que Jim Donovan hubiera visto.

Pero la sorpresa principal estaba en el cartel cuidadosamente pintado que se encontraba a un lado del camino.

El joven se detuvo para leerlo.

Era realmente curioso.

Decía:

> «*Ciudad libre de Baskerville.*
> *Forastero: si la ley te busca, entra.*
> *Nadie te molestará.*
> *Ésta es la ciudad donde todo se olvida.*
> *Aunque seas un asesino, nadie te exigirá cuentas.*
> *Pero ¡ojo!, no delincas aquí, te costaría la vida*».

Jim arqueó una ceja.

Era el cartel más sorprendente que había visto en su vida. No acababa de entenderlo.

¿Qué significaba aquello de «ciudad libre»?

Decidió averiguarlo.

Al mismo tiempo necesitaba comprar provisiones, de modo que no le quedaba más remedio que entrar.

Había una modesta cantina a un lado del camino.

Como tenía sed resolvió echar un trago en ella.

Se detuvo, amarró su caballo y penetró en el local.

La cantina era oscura y un poco sórdida. No había nadie en ella, excepto el dueño, que limpiaba unos vasos detrás de la barra.

Hizo un gesto de extrañeza al ver entrar a Jim.

Parecía como si le conociera.

El joven no acabó de entenderlo, porque era la primera vez que ponía los pies allí.

Se acercó a la barra y pidió:

—Quisiera una jarra de cerveza con un *whisky* dentro.

El tabernero se acercó a él.

Sus manos temblaban.

Preparó lo que el joven le había pedido y depositó la mezcla sobre la barra. Mientras Jim bebía, el tabernero se inclinó hacia él con aire confidencial. Pero se notaba que estaba pasando un mal rato. Ahora eran sus labios los que temblaban.

Cuchicheó:

—No quisiera meterme en lo que no me importa, señor Derby, pero yo en su lugar no entraría aquí.

Jim Donovan dejó la jarra con un gesto de extrañeza.

—¿Cómo me ha llamado?

—Ya comprendo que usted no va propagando por ahí su nombre, señor Derby, pero entre nosotros no hemos de engañarnos. Vea. Le enseñaré algo que le dará confianza.

Abrió uno de los cajones y extrajo un papel mugriento que puso ante las narices de Jim.

Era un pasquín con fecha de dos años atrás. En él aparecía la cara de aquel individuo y debajo una oferta de mil dólares y la consabida frase de vivo o muerto.

—Esto le demostrará quién soy —dijo el tabernero—. Ya sé que

mil dólares no son nada del otro mundo, pero indican que yo también pertenezco al gremio. O al menos pertenecía, pero he dejado el oficio. De todos modos puede fiarse de mí, señor Derby.

Jim apretó los labios.

—No es que quiera discutir, pero vamos a aclarar una cosa. Yo no me llamo Derby.

—¿No? ¿Cómo se llama?

—Jim Donovan.

—Tampoco yo quiero discutir —dijo el tabernero con mueca de no creerle—; pero no vale la pena que aquí se ponga a disimular, señor Derby. Yo le advierto por su bien. Váyase de la ciudad.

El joven creyó que estaba tratando con un chiflado.

Eso no tenía nada de extraño. En el Oeste había más chiflados de lo que parecía. Fuera a causa de los balazos o debido a las largas cabalgadas bajo el sol, muchos individuos estaban mal de la cabeza. Uno se los encontraba por todas partes.

De modo que no valía la pena seguir hablando.

Sin terminar su bebida, Jim extrajo una moneda y fue a pagar.

El otro hizo un gesto negativo.

—Nada de eso, señor Derby. Es un honor que haya entrado usted en mi casa. La bebida es de mi cuenta.

Jim tampoco discutió eso.

Se encogió de hombros y salió de allí.

Llevando su caballo de la brida, porque no valía la pena volver a montarlo, penetró en la calle principal. Allí había un abrevadero y dejó que el animal bebiera. Mientras lo miraba, pensó que él seguía teniendo sed.

La verdad es que en la cantina apenas había probado unos tragos.

Por eso se dirigió al «saloon» que tenía casi enfrente.

Éste era más lujoso, y había tres clientes en él. Pero los tres salieron al verle como si les persiguiera el diablo.

Jim Donovan hizo un gesto de extrañeza.

Pero decidió ignorar todas aquellas raras circunstancias. De modo que se acercó a la barra y pidió lo mismo que había solicitado en el otro lado:

—Una jarra de cerveza con un vaso de *whisky* dentro.

El tabernero se lo sirvió, dejando el alto vaso en la barra, que

había quedado sola.

Mientras Jim bebía, el dueño del local hizo lo mismo que el otro.

Se inclinó hacia el joven y murmuró:

—No debió haber venido, señor Derby.

—¿De dónde ha sacado que yo me llamo Derby?

El otro rió.

—Vamos, vamos, ya sé que a usted le conviene disimular… Pero aquí no hace falta. Puede estar tranquilo en lo que a mí concierne. Considero un honor el tenerlo en mi casa.

E hizo también lo que había hecho el otro.

Abrió un cajón.

Extrajo un pasquín y lo puso ante las narices del joven.

—Mire.

En éste se veía también el retrato del mismo tipo. Sólo que la cifra era un poco más alta. Mil quinientos dólares. También a éste lo reclamaban vivo o muerto.

—Ya sé que esto le dará risa, señor Derby. Es una cifra de pacotilla. Pero sólo se lo enseño para que comprenda que puede confiar en mí.

Jim musitó:

—¿Sabe que no entiendo ni una palabra?

—No se haga el distraído, señor Derby. Yo sólo quiero avisarle. No le conviene entrar en la ciudad.

Jim vació el vaso de un trago. Lo necesitaba.

Luego gruñó:

—Vamos a ver si nos entendemos. Empezaremos por lo principal. ¿Por qué el cartel de la entrada dice que ésta es una ciudad libre?

—Creí que usted lo sabía, señor Derby. Baskerville es un sitio donde la ley no pide cuentas a nadie. Existe un alguacil, pero sólo se ocupa de las cosas que uno hace dentro de la ciudad. Lo que ocurra fuera o lo que uno haya hecho antes de venir aquí, no le interesa a nadie. Cualquier reclamado o cualquier forajido puede establecerse en este lugar.

Jim hizo otro gesto de extrañeza.

—Es una curiosa idea —dijo.

—Pero no crea que es mala. De esa manera se nos tiene

controlados a todos. Y muchos de nosotros, antiguos delincuentes, acabamos teniendo negocios y siendo lo que se llama gente honrada. Resulta más aburrido, pero también más seguro.

—Entonces, si esto es una ciudad libre, ¿de qué puedo tener miedo?

—Es que esto no reza con usted, señor Derby. Es usted un pez demasiado gordo. Por eso le aconsejo que emigre. Yo admiro y respeto a los tipos como usted. Tienen valor para hacer lo que uno siempre ha soñado y sin embargo no ha hecho. No le deseo ningún mal. Lárguese y será mejor para todos.

Jim empezó a pensar que aquel tipo tenía razón.

Estaba en una ciudad de locos.

Lo mejor era que comprase lo que necesitara y se marchara cuanto antes de allí.

Fue a pagar, pero el otro hizo un gesto negativo.

—Nada de eso, señor Derby. Me siento muy honrado con su visita. La casa paga.

Jim no se opuso.

A los locos y a los borrachos siempre hay que darles la razón.

Salió y retiró su caballo del abrevadero, palmeándolo suavemente.

—Me parece que nos vamos a ir pronto de aquí, amigo. Hemos caído en un mal sitio. Compraremos lo que nos haga falta… ¡y a correr!

El caballo asintió con una cabezada, como si le hubiese entendido.

El joven se dirigió al que parecía ser único almacén de la ciudad.

Había en él unas cuantas muchachas, comprando.

Tenían aspecto de bailarinas de «saloon». El joven comprendió rápidamente que casi todos los habitantes de aquella extraña ciudad eran solteros, y que las cortesanas de más o menos categoría se ganaban allí la vida fácilmente. Las que estaban en el almacén le sonrieron con admiración y luego se marcharon.

Por lo visto le consideraban un tipo peligroso.

No convenía demasiado que estuvieran cerca de él.

Ése fue un nuevo motivo de extrañeza para el joven, pero decidió aguantarse y no preguntar nada. Al fin y al cabo tenía ya decidido emigrar de allí. Se acercó al dueño del local, que había

quedado vacío, y pidió:

—Necesito unos cuantos géneros. Apunte.

—Claro que sí, señor Derby. ¿Va a seguir viaje?

—No me llamo Derby.

—Bueno, bueno, no discutamos eso. Usted es muy libre de llamarse como quiera. ¿Qué le sirvo?

—Dos libras de harina, tres latas de frijoles, una libra de tocino, otra de carne seca y una botella de *whisky*.

El dueño del almacén sirvió en un instante todo lo que le había pedido.

El joven fue a pagar.

Pero, ante su extrañeza, el otro hizo también un gesto negativo.

—Nada de eso, señor Derby. Estoy encantado de haberle servido. Yo admiro a los tipos como usted. Cuando era joven, siempre soñé con hacer lo que usted hace.

Jim Donovan empezaba a vivir en un mar de confusiones.

«¿Pero qué demonios hago yo?».

Lo malo era que empezaba a ponerse nervioso.

Tomó los géneros, salió sin decir una palabra y se encaminó hacia su caballo.

Lo puso todo en las bolsas de la silla y se dispuso a montar para salir de la ciudad.

Pero pronto se dio cuenta de otra cosa extraña.

Se había convertido en objeto de la admiración pública.

Docenas de personas, todas ellas hombres con aspecto de forajidos, le miraban desde puertas y ventanas. La ciudad entera estaba pendiente de él. Jim Donovan empezó a temer que también acabaría loco.

De buena gana hubiera empezado a tiros allí mismo.

Pero entonces vio acercarse a él a un hombre que le tranquilizó. Al menos aquél tendría la cabeza en su sitio. Se trataba de un tipo alto y espigado y que llevaba una estrella de alguacil sobre el chaleco.

Jim le preguntó:

—¿Usted es el alguacil?

—Ya ve que sí, amigo. Llevo la estrella bien visible, ¿no?

—Pues entonces dígame qué demonios ocurre aquí. Todo el mundo me toma por un tipo llamado Derby.

—¿Quién ha dicho que usted se llamara así?

—Demonios, todo el mundo. En aquella cantina que hay a la entrada de la ciudad. En ese «saloon». En el almacén donde acabo de comprar los géneros. Y para colmo todo el mundo me está mirando, como si fuera una atracción de feria. ¿Quiere decirme qué demonios ocurre en esta maldita ciudad?

—Calma, calma, amigo.

—¡Es que ya empiezo a perder los nervios!

—Permítame una pregunta: ¿A qué ha venido usted a Baskerville?

—Tenía que encontrarme aquí con una chica.

—¿Su novia?

—No.

—Entonces…

—Se trata de una chica a la que quiero proteger.

—Bueno, eso es cosa suya —dijo el alguacil maliciosamente.

—Lo he dicho en el buen sentido, maldita sea.

—No se excite. Comprendo que esté usted nervioso, pero todo se arreglará.

—¿Usted no cree que yo sea Derby?

—Yo no creo nada, amigo. Pero podemos charlar un rato.

—Menos mal que encuentro en este cochino pueblo a una persona razonable. Vamos a donde usted quiera. Al menos me iré de aquí sin la sensación de que me he vuelto loco.

El alguacil señaló un edificio cercano.

—Ahí tiene mi oficina. Si quiere entrar, será bien recibido.

—Con mucho gusto.

Los dos hombres penetraron en el local.

Éste se encontraba modestamente amueblado, y no se veía a nadie en él. El *sheriff* le hizo sentarse ante la mesa, y él ocupó el otro lado.

—¿Dice que le han confundido con otra persona? —preguntó.

—Sí, con un tipo llamado Derby.

—¿Usted no sabe quién es Derby?

—No tengo ni idea.

—¿Y si fuera usted mismo?

—Mire, no me venga con las mismas tonterías que los otros. Yo soy un hombre que va de viaje. Me llamo Jim Donovan. Puedo

demostrarlo.

—¿Tiene algún documento?

—Claro que sí, naturalmente.

—Enséñemelo, por favor.

Jim mostró un papel doblado que llevaba en uno de los bolsillos de su camisa.

—Es mi licencia del Ejército. Estuve allí dos años como explorador. Creo que servirá.

—Desde luego que sí.

El alguacil examinó a conciencia el documento que el joven le tendía.

Luego se lo devolvió.

—Conforme, señor Donovan.

—Menos mal que encuentro una persona razonable. Ya empezaba a estar desesperado, ¿sabe? Eso de que a uno le cuelguen otro nombre desorienta de una manera que la cabeza acaba dando vueltas. Diez minutos más así y hubiese acabado por no saber quién era. ¿Quiere que le invite a una copa, alguacil?

—No, muchas gracias. No hace falta.

Y miró hacia la puerta.

Jim, que estaba vuelto de espaldas a ella, giró para ver lo que ocurría. Y tuvo un nuevo motivo de extrañeza al ver que varias personas se habían congregado allí, escuchando la conversación. Por lo visto la gente de la ciudad seguía obsesionada con él.

El alguacil lanzó un grito.

—¡Maldita sea! ¿Qué infiernos hacéis aquí? Este hombre se llama Jim Donovan y me lo acaba de demostrar. De modo que podéis iros al diablo.

Los curiosos se dispersaron.

Si estaban convencidos o no era otra cosa. Pero lo cierto fue que dejaron la puerta libre.

El alguacil se levantó.

—Siento que le hayamos causado tantas molestias, señor Donovan.

—No tiene importancia. Pero su ciudad es muy extraña.

—Lo sé. Está llena de forajidos que, sin embargo, no cometen ningún delito.

—Sea como sea, voy a largarme enseguida.

—Me ofrezco para acompañarle. Así usted se irá más tranquilo.

—No hace falta, alguacil. Nadie quiere comerme. Por el contrario, todo el mundo me invita y dice que me admira.

—De todos modos insisto. Noto que Baskerville le ha dejado mal sabor de boca. Le dejaré en las afueras y así no tendrá un nuevo tropiezo.

Jim se encogió de hombros.

Era una amabilidad que no podía despreciar sin ofender al otro.

—Como quiera —dijo—. Pero voy a marcharme enseguida.

—En un momento estoy listo.

El alguacil salió con él y vio que todavía unos cuantos curiosos merodeaban por las cercanías de la oficina.

Jim notó que le miraban con respeto, como si él fuera un semidiós.

A cualquier otro hombre le hubiera halagado aquello tal vez, pero Jim se sintió molesto. Él no era amigo de meterse en líos. Le fastidiaba que la gente le pusiera los ojos encima.

El alguacil gritó:

—¡He dicho que os larguéis de una vez, idiotas! ¡Este hombre se llama Jim Donovan y acaba de demostrármelo! ¡Dejadle en paz de una vez!

Los mirones se largaron, aunque de mala gana.

El alguacil montó en su caballo, que estaba en el amarradero contiguo a la oficina, e hizo una seña al joven, que había montado también.

—Podemos partir cuando quiera.

Salieron los dos.

Las casas de la extraña ciudad fueron quedando atrás. Pero aún había gente que miraba por puertas y ventanas.

Jim no dijo una palabra.

Se internaron por un terreno algo difícil, lleno de vericuetos, donde era fácil perderse. Pero como ya habían salido de la ciudad, Jim pensó que no era necesario que el alguacil le acompañara por más tiempo.

Se volvió sobre la silla del caballo.

El alguacil estaba tras él.

—No hace falta que se moleste más… —dijo mientras se volvía.

Y de pronto lanzó un grito de asombro.

No lo entendía, no tenía sentido.
Pero el alguacil estaba ya empuñando el revólver.
—¿Qué…? —fue a decir el joven.
Pero el alguacil masculló:
—Lo siento…, Derby.
Y apretó el gatillo tres veces.
Le voló la cabeza.

CAPÍTULO III

Un par de días después llegó a la población de Baskerville un jinete a quien nadie recordaba haber visto por allí. Era alto y fuerte, magníficamente musculado. Llevaba al cinto un revólver y un cuchillo y montaba un magnífico caballo negro.

Se detuvo ante la cantina donde antes había estado otro viajero como él: Jim Donovan.

El dueño también estaba solo. Y también limpiaba unos vasos cuando el viajero entró.

—Buenos días —dijo éste.

—Buenos días, forastero.

—Quisiera una jarra de cerveza con un vaso de *whisky* dentro.

—¡Hombre!…

—¿Qué pasa?

—Nada…

—Es que ha lanzado una exclamación como si esto le recordara algo.

—Claro que me recuerda.

—¿El qué?

—No lo va a creer.

—Si no me lo cuenta, no lo creo.

—Fue hace un par de días solamente. Se presentó aquí un tipo la mar de curioso. Y pidió lo mismo que usted.

—¿Cerveza con *whisky*?

—Exacto.

—Eso no tiene nada de raro.

—Pero es que el tipo aquel era Derby. Bueno, estábamos seguros de que lo era.

El forastero arqueó una ceja.

Sus facciones adquirieron un raro color gris.

—¿Y qué sucedió? —dijo con voz tensa.

—Nada. Se largó.

—De modo que le tomaron por Derby…

—Verá, era natural.

—¿Por qué?

—Coincidía exactamente con la descripción que nos habían hecho. Hasta su caballo era el mismo. Y la silla. Todo. Incluso el calibre del revólver.

—¿Se fijaron bien en él?

—Nos fijamos con muchísimo detalle.

El forastero bebió un largo trago y luego dejó el recipiente sobre la barra.

—¿Y al final resultó ser Derby?

—No lo sabemos aún.

—¿No lo averiguaron?

—Bueno, en parte… El *sheriff* le interrogó. Y al final nos dijo a todos que nos habíamos equivocado y que aquel forastero se trataba de otra persona.

—¿Y le creyeron?

—Sí y no. Esas cosas nunca acaban de estar claras.

—¿Qué ocurrió luego?

—Pues lo más sencillo del mundo. El forastero se largó. El alguacil le acompañó un buen trecho y luego regresó tan tranquilo.

—Y ustedes se quedaron con la duda.

—Sí.

El forastero volvió a beber, hasta vaciar el vaso.

Había entrecerrado los ojos, que tenían un extraño y siniestro color violeta.

Murmuró:

—Pues todos ustedes se equivocaron, amigo.

—¿Qué quiere decir?

—Aquel tipo no era Derby.

—¿Está seguro?

—Y tanto…

—¿Por qué?

—Por una sencilla razón —dijo el forastero tranquilamente—. Porque Derby soy yo.

El dueño de la cantina tenía una botella en las manos. Resbaló hasta el suelo.

Su boca se entreabrió, mientras a su garganta parecían faltarle fuerzas para lanzar una exclamación de asombro.

—¿Qué… dice?

—Yo soy Derby.

—No…, no le creo.

—¿Por qué?

—Si lo fuera, no lo diría con tanta tranquilidad.

—¿Sabe quién es Derby?

—Sí, claro que sí… El que manda la peor… Bueno, no lo tome a mal… El que manda la más temible cuadrilla de Arizona. Esos a los que llaman los Jinetes de Medianoche.

—Exacto…

—Usted se parece algo a aquel tipo, pero…, pero no son iguales.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, es que…

—Está usted hundido en un mar de confusiones, ¿verdad, amigo?

—No sé qué pensar.

El recién llegado produjo un chasquido con dos dedos.

—Pues para eso hay un remedio muy sencillo. No piense. Adiós, amigo.

Y salió.

No se molestó en pagar.

Eso fue lo que hizo pensar al tabernero que tal vez sí que había estado en presencia de Derby.

Porque de sobra era sabido que el conocido pistolero no se molestaba en pagar nunca.

El recién llegado no se molestó en montar de nuevo su caballo.

Se dirigió a pie hacia el «saloon» más cercano.

Era el mismo en que había entrado Jim dos días antes. Y también, como en la ocasión anterior, había unos cuantos tipos bebiendo en él.

Pero no se marcharon.

El forastero que acababa de entrar era uno de tantos. Aunque tenía tipo de forajido, eso no asustaba a nadie allí. De modo que los bebedores siguieron con su «trabajo».

El recién llegado se acercó a la barra.

—Una jarra de cerveza con un vaso de *whisky* dentro —pidió.

El dueño se quedó boquiabierto.

—¿Qué dice?

—Me ha oído perfectamente.

—Pero es extraño…

—¿Extraño por qué?

—Hace dos días un tipo muy extraño pidió lo mismo.

—¡Ah! ¿También estuvo aquí?

El dueño parpadeó.

—¿Viene usted de la cantina de ahí abajo?

—Sí.

—Pues, en efecto, estuvo allí y aquí. Y en los dos sitios pidió lo mismo. Por cierto, ya le habrán contado lo que sucedió.

—Sí. Le confundieron con Derby.

Uno de los que bebían murmuró:

—¿Por qué dice que le confundimos?

—Porque no lo era.

—Parece muy seguro.

—Completamente.

—Pues sepa que aquí no nos equivocamos demasiado en esas cosas.

—Vaya… Les felicito.

—Nos dieron una descripción detallada. Y el que habló fue uno de sus pistoleros, que le conocía bien. Se emborrachó aquí una noche. Y empezó a hablar hasta por los codos, el tío. Nos dio no sólo la descripción de Derby, sino que además nos dijo que andaba cerca y que llegaría de un momento a otro a la ciudad. Y que vendría solo.

El forastero echó un buen trago a la bebida que le habían servido. Luego murmuró:

—Pues ese borracho no debía saber ya ni dónde tenía su mano derecha. Porque lo único que les dijo de cierto fue que Derby estaba solo y que vendría por aquí. Pero les dio la descripción equivocada. O no tan equivocada, tal vez. Los detalles, según como se cuentan, engañan. Por ejemplo, ¿me parezco yo a aquel tipo?

Todos le miraron con curiosidad, no exenta de impertinencia y hasta de burla. Se sentían muy seguros de sí mismos.

El que había hablado antes murmuró:

—Sí, se parece a él en cierto modo. Pero no son iguales.

—No tenemos por qué serlo. Sólo les digo que hace dos días se equivocaron como unos idiotas.

—¿Ah, sí?

—Y como unos burros.

Aquellas palabras no sentaron bien a nadie, sobre todo al que llevaba la voz cantante del grupo. Éste se adelantó un poco.

—Parece muy seguro, forastero.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque Derby soy yo.

Pareció pasar por todos algo así como una corriente eléctrica. Se estremecieron a la vez.

El dueño del «saloon» murmuró:

—Nos engaña, amigo.

—¿Por qué?

—Si fuera Derby, no lo diría.

—Ésa es la razón que me ha dado el cretino de la cantina que hay algo más abajo. Pero no sé cómo se puede pensar así. ¿Por qué cuerno no había de decirlo, siendo yo Derby? ¿Creen que tengo miedo?

El vaquero que antes había hablado en nombre del grupo murmuró:

—Quiere burlarse de nosotros.

—¡Bah, déjeme en paz!

—Si es Derby, tendrá que probarlo.

—¿De qué modo?

El otro rió silenciosamente.

—Yo maté cierta vez a tres hombres en Oklahoma. Los tres cara a cara y de una sola vez.

—¿Y qué?

—Derby nunca ha hecho eso.

—De modo que usted es más bueno…

—Sí.

Se ladeó dos pasos.

Estaba así en situación ideal para el desafío. Se encontraba a unos cinco pasos del que había dicho llamarse Derby. Era una

distancia atroz, pues lo más fácil que podía ocurrir era que se mataran los dos a la vez. Pero ni el forastero ni el tipo que acababa de desafiarle demostraban el menor miedo.

Todos los testigos del desafío se apartaron discretamente.

El presunto camino de las balas quedó tan desierto como el paseo de un cementerio a las doce de la noche.

El que había dicho llamarse Derby murmuró con una sonrisa cuadrada:

—Usted habla, amigo.

El otro calló.

Quiso que sus gestos fueran más rápidos que las palabras.

Trató de «sacar» y de sorprender a su enemigo. Era una vieja táctica que practicaba a la perfección. Por un momento llegó a creer que el triunfo sería suyo.

Y de pronto lanzó un grito de sorpresa y de horror.

Todo ocurrió en fracciones de segundo.

Entonces el vaquero se percató de su equivocación. Se dio cuenta que realmente estaba en presencia de Derby.

Pero ya no tenía tiempo para rectificar.

La bala le había atravesado el corazón.

Con sus últimas fuerzas apretó el gatillo, pero ya apenas podía sostener el revólver y la bala salió absurdamente alta.

Su matador no sólo envió aquel proyectil. Realizó el pequeño milagro de demostrar que él era más rápido que cualquiera de los habitantes de Baskerville, la ciudad de los pistoleros.

Su revólver vomitó plomo otras tres veces.

Los revólveres de los tres hombres que estaban más cerca del muerto, y que quizá podían haber intervenido, saltaron hechos pedazos.

Resonó en la sala un grito de asombro.

La rapidez del forastero era diabólica.

Pero aún le quedaban dos balas.

Con ellas demostró que además poseía una terrible precisión. Los tapones de dos botellas que se hallaban bastante lejanas, sobre la barra, fueron segados limpiamente por el plomo, sin que el cristal sufriera ni un arañazo.

Todos los que se encontraban presentes en el «saloon» parecieron quedar convertidos en estatuas.

Diríase que ni siquiera respiraban.

Sus facciones estaban lívidas, sus bocas abiertas.

El forastero recargó el revólver tranquilamente, sin importarle demasiado estar indefenso todo aquel rato, lo volteó y lo guardó en la funda.

—¿Van a creerme ahora o no? ¿Necesitaré decir otra vez que soy el verdadero Derby?

Nadie lo discutió ahora.

Todos le miraron asombrados y respetuosos, como si se encontraran en presencia de un semidiós.

El forastero salió del local.

Caminaba despacio, tranquilo.

No le importó ofrecer la espalda a aquellos hombres, cualquiera de los cuales podía matarle.

Pero nada ocurrió.

Una vez en el exterior, montó en su caballo y se dirigió a la salida de la ciudad.

Parecía no tener interés en quedarse allí. Por lo menos la situación no estaba clara.

Cuando hubo dejado atrás las calles de Baskerville, se encaminó al trote hacia el laberinto de senderos que dos días antes había recorrido Jim Donovan. No tuvo que esperar más allá de cinco minutos. En lo más intrincado del laberinto, una voz gritó:

—¡Alto!

El jinete se detuvo.

Parecía esperar aquello, porque no demostró la menor sorpresa.

Un hombre apareció entonces detrás de unos matorrales.

Iba a pie para poder ocultarse mejor, llevaba un rifle y ostentaba sobre el chaleco una estrella de alguacil.

El jinete sonrió.

—Creí que me había equivocado de camino —dijo.

El alguacil avanzó hacia él, pero sin confiarse demasiado. Llevaba el rifle de modo que pudiera usarlo en cualquier momento. Cuando estuvo a la distancia de cinco pasos de quien veía por primera vez, se detuvo y tendió la mano.

—Me dijeron que traería documentación en regla —murmuró.

El jinete le dirigió una sonrisa cuadrada.

—Y la traigo. Aquí la tiene.

Había sacado unos papeles del bolsillo superior de su camisa.

—Láncelos al aire —pidió el alguacil.

El jinete obedeció, y el representante de la ley (o de lo que podía llamarse ley) en Baskerville, cazó aquellos documentos al vuelo.

Los desdobló y examinó sin dejar de observar los movimientos del hombre que tenía enfrente.

De pronto sus facciones cambiaron y hasta esbozó una sonrisa donde había mucho de satisfacción y también bastante de alivio.

—Su llegada me quita un gran peso de encima —dijo.

—¿Lo ha encontrado todo conforme?

—Conforme.

Y tendió la mano al jinete, abandonando ya toda vigilancia.

—Bien venido, señor Custer.

—Hola, alguacil.

Y el recién llegado descendió de su caballo tras haber estrechado la mano que se le tendía.

Luego miró con atención al representante de la ley.

Éste dijo:

—Estos papeles dicen que es usted el mejor federal con que contaban en Washington.

—Bueno, no sé si soy el mejor. Lo que procuro hacer es esmerarme en cada nueva misión que me encomiendan.

—Pues aquí va a tener trabajo, Custer.

—¿Nos escucha alguien? ¿Este sitio es seguro para que podamos hablar con tranquilidad?

—Absolutamente seguro. Por eso le había citado aquí.

—Cuénteme cómo sucedió. Necesito conocer toda la historia.

El alguacil lanzó un suspiro.

—Desde luego que sí. Se lo contaré todo con detalle. Para empezar voy a decirle que éste es el sitio donde maté al verdadero Derby.

—¿Y dónde está su cadáver?

—Lo arrojé al fondo de un pozo de los que abundan por aquí. Nadie va a encontrarlo. La gente cree que Derby sigue vivo y lejos de la ciudad.

—Sí, ésa es la impresión que tengo. Todo el mundo dice que Derby se largó de la ciudad.

—Le contaré las cosas con detalle: ese tipo, cuya descripción

exacta nos habían dado desde el servicio de información de los federales, se presentó en la ciudad. Por supuesto, pensaba pasar inadvertido. Aquí sólo quería comprar unas cuantas provisiones y seguir su viaje. Pero el rumor de que Derby iba a llegar ya se había extendido por todas partes. Fueron bastantes los que le reconocieron.

—¿Y él qué dijo?

—Ya le he explicado que no pensaba quedarse en la ciudad. Escurrió el bulto afirmando que no era Derby. Incluso te había proporcionado una documentación falsa a nombre de Jim Donovan. Me la enseñó y yo fingí creerle.

El alguacil calló unos instantes.

Su interlocutor le escuchaba con la mayor atención.

—Fingiendo ser su amigo, le acompañé hasta la salida de la ciudad —dijo el de la estrella—. Cuando estábamos en este lugar, le disparé, poco menos que por la espalda.

—Pero entonces le mató como a un perro…

—Era lo que Derby merecía. Un tipo que manda a los Jinetes de Medianoche no puede pretender que un alguacil le regale caramelos encima. Además, la muerte de Derby era un punto esencial en los planes del Gobierno.

El otro asintió.

—Porque Derby ha muerto, pero queda la banda —siguió diciendo el alguacil—. Nada se habrá conseguido si los Jinetes de Medianoche no son destruidos inmediatamente. Y sólo usted puede hacer eso, Custer.

—Ya me explicaron el plan cuando fui encargado de este trabajo.

—Por si acaso lo repasaremos, Custer, a fin de que no haya ninguna duda. Todo el mundo cree que Derby vive todavía. Especialmente la banda. Usted se presentará ante ellos y afirmará ser Derby. A partir de ese momento deberá inspirarles una falsa confianza y llevarlos al desastre. Toda la banda tiene que ser capturada o muerta. Las órdenes son tajantes en este sentido. No habrá piedad.

Hizo otra pausa y afirmó:

—No necesito decirle que una misión de esa clase está cargada de peligros.

—Sí, y el primero de ellos es que alguno de la banda me reconozca y sepa que no soy Derby.

—Ésa es una posibilidad a la que debe arriesgarse, Custer. De todos modos, me parece que no ocurrirá. Derby era un tipo que apenas se dejaba ver de sus hombres, y que planeaba los golpes a distancia. Además, había estado fuera de los Estados Unidos los tres años últimos. Pasó aproximadamente año y medio en México y año y medio en el Canadá. Las órdenes a los Jinetes de Medianoche las daba por medio de un lugarteniente que ya ha muerto y otras veces por medio de cartas cifradas. De modo que es posible que alguien le reconozca, pero lo más fácil es que eso no suceda. Por otra parte, usted tiene unas características que le hacen enormemente parecido a la descripción que se tiene de Derby.

El otro asintió de una cabezada.

—Por eso me han elegido.

—Bien, ahora ya estamos de acuerdo. Usted sabe lo ocurrido y yo sé lo que va a hacer. Explíqueme cuáles van a ser sus primeros pasos, concretamente.

—Creo, que me quedaré en Baskerville.

—¿No irá al encuentro de la banda?

—No. Haré que la banda venga aquí. Ésta es una ciudad donde no desconfiarán. Llegaré a conocerla muy bien y actuaré, pues el terreno es más favorable. Usted no tendrá que hacer nada, alguacil. Déjelo de mi cuenta.

El de la estrella le tendió la mano otra vez.

—Bien, entonces es cosa suya. Espero que tenga mucha suerte. Yo quedaré al margen del asunto a partir de ahora.

—Puede hacerlo con entera tranquilidad. Ya realizó un trabajo muy meritorio matando a Derby. Mucha gente lo había intentado durante muchos años y nadie lo había conseguido. Le felicito.

Y volvió a montar a caballo, regresando a la ciudad, pero no en línea recta. Prefirió dar un largo rodeo, para ir conociendo los alrededores.

Dos horas después se presentaba de nuevo en Baskerville.

Empezaba una nueva etapa en la funesta historia de la siniestra ciudad.

Pero aún nadie lo sabía.

CAPÍTULO IV

El alguacil había vuelto también a su oficina. Se sentía muy tranquilo porque el trabajo peligroso había terminado para él. Pero al mismo tiempo estaba emocionado porque se iban a presentar unos días agitados de los que le encantaba ser testigo de preferencia.

Encendió un cigarro y apoyó ambos pies sobre la mesa.

Aquello era vida.

Vería, como decían en México, «los toros desde la barrera». La actuación de un hombre como Custer iba a ser memorable. Y él no tendría nada que hacer, salvo contar los muertos.

Estaba sumido en estos agradables pensamientos y extasiado ante el aroma de su cigarro habano cuando alguien entró en la oficina.

El alguacil parpadeó.

Creyó haber visto mal.

En todo caso, la mujer que acababa de llegar era de las que merecen que uno las mire dos veces. En toda su vida de conocer a violentos pistoleros y a mujeres curvilíneas, el alguacil no se había encontrado ante nada semejante. Aquella chica era sensacional, deslumbrante. ¡Y tan joven! Uno no sabía qué apreciar más en ella, si la delicadeza de sus facciones pequeñas y armoniosas o la rotundidad de sus curvas, que hubiesen dejado mareado a un sultán.

Con mucha mayor razón marearon al alguacil de Baskerville.

Éste retiró los pies de la mesa y no se dio ni cuenta de que el cigarro caía de sus labios.

Dijo suavemente:

—¿Quién es usted?

La chica, antes de contestar, se acercó tímidamente a la mesa.

Entonces se pudo apreciar mejor que iba muy mal vestida y además cubierta de polvo. Sin duda había estado viviendo en la llanura durante los últimos tiempos. Pero el alguacil siguió pensando que la chica era descomunal.

—¿Quién es usted? —repitió.

—Me llamo Silvia.

—¿Y qué quiere?

—Lo primero que necesito saber es si usted es realmente el alguacil de esta ciudad.

—¿Y por qué no había de serlo?

—Éste es un sitio muy extraño. Un cartel a la entrada indica que aquí pueden vivir todos los pistoleros que lo deseen.

—Desde luego que sí, pero un alguacil sigue haciendo falta. Además, esta ciudad tiene un significado que usted quizá no entendería aunque se lo explicase. En fin, me llamo Lennon. ¿En qué puedo servirla?

—Busco a un hombre.

—Eso no es difícil. Hay muchos aquí.

—Pero el que yo digo en un forastero. Debió llegar hace un par de días. Se llama Jim Donovan.

El alguacil Lennon, que iba a decir algo, se quedó con la boca abierta.

—¿Jim Donovan? —balbuceó.

—Exacto. Espero que lo haya visto por aquí.

—Pues…, no.

Ella hizo un gesto de desconsuelo.

Se notaba que estaba acorralada. Incluso unas pequeñas lágrimas de desesperación asomaron a sus ojos.

—¿Para qué tenía que encontrarse con ese hombre? —preguntó Lennon.

—Es una historia un poco larga.

—No importa, cuéntemela.

La chica se sentó ante la mesa e hizo un gesto de desaliento.

—Se la resumiré lo mejor posible. Yo vivía en Tucson, en un pequeño rancho cercano a la ciudad, y un grupo de cinco pistoleros lo asaltó y asesinó a mis padres. Su objetivo era sencillo: no pretendían robar nada. Sólo pretendían llevarme con ellos.

Lennon asintió.

Entendía aquello perfectamente, dada la situación que imperaba en muchas ciudades del Oeste.

—Siga —murmuró.

—Habían estado molestándome durante dos semanas seguidas, pero yo les hice ver que jamás consentiría que me tocaran un pelo de la ropa. Entonces ignoraba que eran cinco forajidos capaces de cualquier cosa con tal de conseguir sus caprichos. Nunca creí que llegaran a tanto. Cuando lo del asalto, yo creí volverme loca.

—Desgraciadamente eso ha ocurrido otras veces. ¿Y cómo pudo salvarse, Silvia?

—No me salvé, sino que me salvaron. Cuando ya me arrastraban para montarme en uno de sus caballos acertó a pasar un jinete por allí. Yo no sabía aún que se llamaba Jim Donovan. Disparó con su rifle e hirió a uno de aquellos malditos. Los otros creyeron que era el *sheriff* y huyeron. Poco después volvían, pero para entonces Jim Donovan ya me había ayudado a huir.

—¿Y no la alcanzaron?

—No pudieron. Ese Jim Donovan era un verdadero experto en el arte de borrar las huellas. Aquellos cinco hombres perdieron nuestro rastro, pero de todos modos no estábamos seguros hasta tener la certeza de haberlos desorientado por completo.

—¿Y resolvieron venir aquí?

—Exactamente. Pero nos separamos hace tres días para desorientarles mejor. Ellos buscarían a un hombre y a una mujer, y además preguntarían en todas partes de nosotros, por lo que si lográbamos desorientarles separándonos estaríamos salvados. Eso fue lo que resolvimos: venir por distintos caminos aquí.

El alguacil hizo un gesto de asentimiento.

—Pero lo que me extraña es que no haya llegado aún —susurró Silvia—. Él tenía que hacer el camino más corto, para esperarme en la ciudad. No quiero creer que le haya sucedido algo.

—¿Está segura de que acordaron reunirse aquí?

—Sí, aunque esta ciudad no figura en los planos. Pero Jim sabía que la encontraríamos yendo hacia el sur. Precisamente por ser un sitio que no figuraba en los planos acordamos venir aquí. Era ideal para desorientar a cualquiera que nos persiguiese.

—¿Y está convencida de que ese hombre se llamaba Jim

Donovan?

—Ése fue el nombre que me dio. Naturalmente, no le pedí ningún documento.

—Pues me temo que la engañara, muñeca. Tengo motivos para suponer que Jim Donovan, como se hacía llamar últimamente, era un pistolero más que temible. Supongo que usted habrá oído nombrar a Derby.

—No.

—Más vale así. Derby capitaneaba, o mejor dicho capitanea, la peor banda de forajidos que ha actuado por aquí en toda la historia de Arizona. Me extraña que se molestara en proteger a una mujer, pero en fin, esos tipos tienen a veces caprichos sorprendentes. Lo cierto es que su amiguito no se ha acercado por este lugar. O tal vez pasó por aquí, pero sin detenerse. Tengo la sensación de que ya se habrá olvidado de usted.

Y el alguacil dijo esto último con tono de absoluto convencimiento.

Y era verdad: los muertos ya no se acuerdan de nada.

Ella estaba desolada.

Se notaba que no sólo había sufrido una ruda decepción, sino que además tenía miedo.

El miedo era superior a cualquier otro sentimiento. Las manos y los labios de la hermosa muchacha temblaban espasmódicamente.

Susurró:

—¿Y qué ocurrirá ahora?

—¿Ocurrir en qué sentido?

—Imagine que esos cinco canallas dan con mi paradero.

—¿Quiere decir que pueden presentarse aquí?

—Efectivamente. Tengo la sensación de que me estaban persiguiendo de cerca.

—En ese caso no se preocupe. Les haré frente con todos los medios a mi alcance. Usted no sufrirá ningún peligro.

La verdad era que Lennon no estaba dispuesto a enfrentarse, revólver en mano, a cinco granujas a la vez.

Pero confiaba en el falso Derby. Ése sí que era un tirador de primera. En cuanto se presentara otra vez en Baskerville, ya podían venir todos los forajidos que hicieran falta pretendiendo acosar a aquella hermosa muchacha. Custer acabaría con ellos, y él le

ayudaría gustosamente. Daba por descontado que los perseguidores de Silvia, si es que llegaban a Baskerville, tardarían por lo menos un día más.

Eso daría tiempo más que suficiente para que Custer regresara.

Por eso Lennon se pavoneo delante de la chica.

—No tenga ningún miedo, puede alojarse tranquilamente en el hotel de la población.

Ella sonrió aliviada.

Pero en ese momento oyeron ambos el rumor de varios caballos que avanzaban poco a poco por la calle principal.

Hubieran jurado que eran cinco caballos.

Y se detuvieron ante la oficina del alguacil.

Éste palideció.

De todos modos no esperaba que aquellos granujas se presentaran tan pronto en Baskerville, pero la expresión aterrorizada de Silvia le hizo temer todo lo contrario.

Se puso en pie.

Y fue hacia la puerta de la oficina, creyendo aún que se trataba de una equivocación. Debían ser unos viajeros cualesquiera.

Desde el porche los vio.

Y los reconoció perfectamente.

Eran los Killer, llamados así por ser ése el nombre del fundador del grupo. Todos estaban al otro lado de la calle, junto a sus caballos, mirando burlonamente la puerta de la oficina, como si esperaran a que el alguacil saliese.

Aunque llevaban ropas de buena calidad, también iban cubiertos de polvo.

Se notaba que habían recorrido muchas millas en seguimiento de la muchacha.

Por lo visto ya habían pedido informes sobre el alguacil, porque uno de ellos dijo burlonamente:

—Felicidades, Lennon.

—¿Por qué habéis de felicitarme?

—Porque tiene en su oficina a la chica más bonita de Arizona.

Los labios de Lennon temblaron. Pese a ello pudo decir con voz firme:

—¿Quién os ha dicho que en mi oficina hay alguien?

—Vamos, Lennon, no disimule. Nos hemos informado antes de

llegar aquí. En cuanto la gente de esta ciudad ve a una chica guapa, se pone a hablar por los codos. ¿Qué ha venido a pedir, auxilio?

Lennon no contestó.

Se limitó a escupir al suelo.

Killer, el jefe, rió.

—Parece que no le somos simpáticos, alguacil.

—Si os digo lo que pienso se os van a remover las tripas.

—¿Y por qué no lo dice?

—Sois cinco condenados hijos de cinco condenadas zorras.

Eso no pareció afectar demasiado a los forajidos.

Debían estar acostumbrados a piropos semejantes, porque rieron todos a la vez.

—No trate de impresionarnos, Lennon. Usted sabe que somos cinco buenos chicos.

—Por lo menos pudisteis haberlo sido. Los cinco sois hijos de rancheros millonarios.

—Cierto. Y el dinero nos sobra.

—Eso es lo malo. Habéis llegado a los veinte años después de daros todos los caprichos que el oro puede proporcionar. Eso os ha hecho conocer el aburrimiento, ¿no? Y entonces llega un momento en que uno ya no encuentra en la vida emociones fuertes.

Los cinco volvieron a reír a la vez.

Todo lo hacían juntos, por lo visto. Parecían construidos de una sola pieza.

—Se ve que nos conoce muy bien, Lennon. O que nuestra fama ha corrido ya por todas partes.

—Vuestra fama es como el agua que sale de una letrina. Su olor repugnante llega a todos los olfatos. Pero les asquea.

—Sigue sin tenernos simpatía, Lennon.

—Ninguna. Mi mayor placer sería ahorcaros uno tras otro. Veros retorceros al extremo de una cuerda.

—¡Vaya! ¡Qué caritativo!

—No se trata de caridad, sino de justicia. Os conozco muy bien. Cuando lo que se puede comprar con el dinero ya no os emocionaba, buscáis platos más «fuertes». Y entonces disteis con la primera víctima. ¿Qué muchacha era? ¿Qué edad tenía? Ya ni el diablo se acuerda, ¿verdad?

Miller susurró:

—Cierto. Ya ni el diablo se acuerda.

—Luego repetisteis la «hazaña». Pensabais que el dinero de vuestros padres os iba a amparar. Y, en efecto, eso ocurrió durante los primeros tiempos.

—¡Qué bien enterado está!

—Pero luego hasta vuestros padres se asquearon —murmuró Lennon—. Llegó un momento en que el cariño ya no valía, en que ante vosotros no se sentía más que una terrible náusea. Y entonces os enviaron al infierno. Claro que con dinero, por eso de que los padres no abandonan nunca del todo a sus hijos. Y ese dinero lo estáis gastando alegremente, a lo que parece. Cuando una chica os gusta, la perseguís aunque sea hasta la frontera de México. No tenéis nada mejor que hacer, ¿verdad?

Killer masculló cínicamente:

—No, alguacil.

—Pues esta vez vuestros dientes han mordido una herradura, amigos. No voy a entregaros a esa chica. Si queréis ponerle las manos encima, vais a tener que pasar por encima de mi cadáver.

Lennon no era valiente. Por lo general, no presentaba batalla, y menos a cinco hombres a la vez. Pero ahora no sabía lo que le ocurría. Sentía unos deseos de matar que casi le ahogaban.

Los cinco cerdos parpadearon también a la vez.

No habían esperado tanta resistencia. Y sintieron tentaciones de acribillar al alguacil, pero en el último momento decidieron no precipitarse.

Killer murmuró:

—Hay un hermoso cartel a la entrada.

—Sí. Diciendo que ésta es una ciudad libre.

—Pues entonces déjenos actuar.

—Ese cartel también dice que aquí dentro no se puede delinquir.

—¿Sabe que ya nos está chinchando con tanta palabrería, alguacil?

—Si mis palabras os fastidian, no hace falta que hablemos más. Hemos terminado. Y ahora idos a lo más hondo del infierno.

Los dientes de los cinco hombres chirriaron.

Se notaba que hablan perdido la paciencia.

Lennon lo notó y fue a echar mano al revólver.

Pero Killer se le anticipó.

Killer era un verdadero perro rabioso, un tipo que nunca perdonaba.

Extrajo su revólver con un movimiento centelleante y disparó una sola vez. La luz naranja del fogonazo pareció iluminar la calle por unas fracciones de segundo.

Lennon dio una vuelta completa sobre sí mismo.

Tuvo la sensación de que le habían alcanzado mortalmente. Pero no soltó el revólver.

Sólo unos segundos más tarde se dio cuenta de que en realidad tenía atravesado el brazo izquierdo. La bala, dirigida a su corazón, se había desviado ligeramente. Pero el brazo derecho seguía estando útil, y a su final seguía brillando el «Colt».

Masculló:

—Volved a disparar si os atrevéis…, ¡hijos de perra!

Y alzó el revólver a su vez. Estaba dispuesto a llevarse por delante al menos a dos de aquellos tipos antes de que lo mataran.

Los cinco canallas se miraron fugazmente.

Nada tan fácil como acabar con el alguacil. Pero nada tan sencillo tampoco como el que uno o dos de ellos le acompañaran en su rápido viaje al infierno.

Y ninguno quiso probar.

Vivían demasiado bien para arriesgarse a eso.

Además era posible que los pistoleros de que estaba llena la ciudad reaccionaran mal. Quizá Lennon era apreciado en Baskerville. En todo caso no podían arriesgarse a matarlo sin pensarlo antes dos veces.

Killer musitó:

—Vamos, muchachos. Hay que tener paciencia. De todos modos ese imbécil tampoco va a escapar de la ciudad.

Y tomando de las bridas a sus caballos, retrocedieron poco a poco, sin dejar de vigilar a Lennon. Temían que éste se decidiera a rociarles con plomo en el último momento.

Lennon no lo hizo porque el dolor de su herida le estaba dominando. Era tan fuerte que le podía hacer perder el sentido de un momento a otro. Miró a los cinco tipos sin apretar el gatillo, y se dio cuenta de que éstos, por desgracia, no se iban de la ciudad, al contrario, se quedaban bastante cerca.

Entraron en uno de los «saloons» que abundaban en la calle

principal. Sus caballos fueron amarrados ante la puerta.

El alguacil lanzó una maldición.

Iba a tener jaleo con aquellos tipos.

¡Si al menos llegara Custer!

Notó que alguien se acercaba a él.

Silvia, mortalmente pálida, estaba llegando a la puerta.

—Se ha sacrificado por mí, Lennon… No debió hacerlo.

—No lo he hecho por usted. Es que esos tipos me daban cien patadas en la barriga.

—No trate de defenderme. Yo…, yo me resignaré a mi destino.

Los dientes de Lennon chirriaron.

—¡Maldito sea, no hay destino que valga! Yo le diré lo que va a hacer. De momento va a alojarse en mi oficina.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Atraviesa esa puerta que hay atrás y verás una especie de cárcel con dos celdas —la tuteó—. Están vacías, porque, ¿a quién voy a encerrar aquí? O tendría que enchironar a toda la ciudad o no puedo detener a nadie. Al fondo del pasillo hay un cuarto con una bomba de agua. Podrás lavarte todo lo que quieras. Y yo me encargaré de proporcionarte ropas para que te cambies.

—No sé cómo agradecerle lo que…

—No tienes que agradecerme nada. Yo, a mi manera, cumplo con mi deber.

En efecto, Lennon era de esos tipos que, cuando hacen una cosa, la hacen porque creen que es justa. Creyó que era lógico matar a Derby, aun sin darle ninguna oportunidad. Y creía que era justo ponerse de acuerdo con Custer para terminar con toda la banda. O jugarse la piel para liquidar a los malditos Killer.

Silvia obedeció, abriendo la puerta que él le había indicado y desapareciendo tras la hoja de madera.

Lennon hizo una seña a uno de los empleados del «saloon», que acababa de asomarse a la puerta de éste.

—Eh, tú, Gurt…

Gurt acudió.

—Maldita sea, tienes que buscar el médico. Me estoy desangrando.

—Enseguida, Lennon.

—¿Qué hacen esos cinco tipos?

—Están bebiendo como condenados. Pero, para mí, que no han entrado en el «saloon» por casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Están pulsando el ambiente.

—No acabo de entenderte.

—Tratan de saber si alguien va a defenderle a usted. En el caso de averiguar que nadie va a mover un dedo, volverán para matarle.

—Pues sí que es un panorama…

—¿Por qué?

—Porque un dedo por mí, no lo mueve nadie.

Gurt no contestó.

En realidad, él también pensaba lo mismo.

Pero prefirió no discutir aquello y fue en busca del médico. Lennon empezaba a necesitar ya desesperadamente que alguien cuidara de él.

Mientras tanto los cinco Killer bebían y hablaban en el «saloon».

Era verdad que pulsaban el ambiente.

Cuando se decidieran a matar al alguacil Lennon, querían hacerlo con todas las garantías.

CAPÍTULO V

El hombre que llegó a la ciudad y se detuvo en el centro de la calle principal parecía haber hecho un largo camino.

Sus ropas estaban muy polvorientas. El polvo se notaba más a causa del color negro de la tela con que estaban confeccionadas. Su sombrero, que había sido un blanco e inmaculado «Stetson», ahora había adquirido un color raro e indefinible.

Llevaba un «Colt» 45, con la funda muy baja y sujeta al muslo mediante una correílla.

Era un pistolero, sin duda alguna. Uno más entre las docenas de granujas que llegaban a Baskerville.

Debía contar sólo unos veinticinco años.

Tenía la mandíbula cuadrada, los ojos grises y las facciones impasibles, como si nunca hubiera sentido emoción alguna.

Con la mirada, eligió un «saloon».

Y entró en aquél ante cuya puerta había más caballos amarrados, quizá pensando que si tenía más clientes debía ser el mejor.

Empujó los batientes con el pecho.

Y vio que, en efecto, había bastantes hombres discutiendo en la barra.

Sus ojos clasificaron enseguida dos grupos. Uno estaba formado por cinco individuos que iban juntos. El otro, por unas ocho personas que debían ser clientes habituales del local.

Se acercó a la barra.

El dueño le miró con recelo, porque aquel tipo no parecía llevar demasiado dinero encima.

—¿Qué quiere, forastero?

—Dos cosas.

—Venga la primera.
—Un *whisky* doble.
—Al momento.
El dueño se lo sirvió y luego volvió a acodarse en la barra, mientras murmuraba:
—Pago adelantado.
El forastero depositó una moneda de cinco dólares. Sobraba más de la mitad.
—No me de el cambio —dijo.
La cara del dueño del «saloon» cambió instantáneamente.
—¿Qué otra cosa necesita, forastero? Dígamela sin reparos. Yo estoy aquí para servirle.
—Busco trabajo.
—Vaya… Eso sí que es curioso.
—¿Por qué?
—La gente no suele venir aquí para trabajar. Más bien viene para gastar tranquilamente lo que ha ganado… en otros sitios.
—¿Por ejemplo asaltando diligencias?
—Bueno, aquí nadie pide cuentas a nadie.
—Lo comprendo.
—De todos modos no es imposible obtener aquí algún trabajo. Todo depende de lo que sepa hacer.
El forastero torció la boca.
—Quizá se extrañe.
—¿De qué voy a extrañarme?
—De mi oficio.
—¿En qué ha trabajado usted?
—Soy verdugo.
Al dueño del «saloon» por poco le resbala el vaso que llevaba entre las manos.
Luego lanzó una estruendosa carcajada.
Todos los que discutían dejaron de hablar para mirarle fijamente, con sorpresa.
—¿Qué pasa?
—¿De qué se ríe, amigo?
—De este forastero.
—¿Qué ocurre con él?
—Ha venido a Baskerville a buscar trabajo.

—Eso no es tan raro.

—No, no lo es… en apariencia. Pero es que hace falta saber su oficio.

—¿Y cuál es?

—¡Verdugo!

Y el dueño del «saloon» lanzó, otra carcajada, que esta vez fue coreada por todos los asistentes.

Miraron al recién venido como si éste fuera una pieza rara, uno de esos objetos extraños que se custodian en los museos.

Killer murmuró:

—Se ha equivocado de ciudad, compañero.

—¿Por qué?

—Si éste es un sitio donde nadie pide cuentas a nadie, ¿para qué hace falta un juez? ¿Y para qué se necesita un verdugo?

El forastero se encogió de hombros.

—He leído ahí fuera que dentro de la ciudad no se pueden cometer delitos —dijo.

—¿Y qué?

—Supongo que si alguien los comete será ejecutado.

—Sí, pero no hacen falta verdugos —murmuró el dueño del «saloon»—. Aquí solemos tomarnos la justicia por nuestra mano. De modo que váyase a otro sitio, amigo. Se ha equivocado de ciudad.

Y la gente dejó de prestarle atención.

Los dos grupos que había en el local volvieron a la discusión que él logró interrumpir.

Killer decía:

—Insisto en que yo tengo una cuenta pendiente con el alguacil. ¿Qué demonios pasa si resuelvo el asunto a tiros?

—Nada… siempre que lo haga cara a cara.

Era el dueño del local el que acababa de hablar.

—Lo haré cara a cara —dijo Killer.

—Y sin la ayuda de sus hombres…

—Sin ayuda de nadie.

—En ese caso es asunto suyo. No creo que nadie intervenga.

Uno de los bebedores movió la cabeza.

—¿Por qué tiene interés en liquidar a Lennon?

—Es un asunto particular.

El que antes había hablado rió.

—¿No habrá una mujer de por medio?

—Explíquese.

—Una muñeca preciosa que se ha presentado en la oficina de Lennon. Sin duda iba a pedir ayuda. Poco después se han presentado ustedes y han discutido con el alguacil, hasta herirle.

Killer apretó los labios.

—Bueno, supongamos que hubiera una mujer —dijo—. Supongamos que me interese esa chica que acaba de llegar a la ciudad.

—Es asunto suyo, pero ¡ojo!, si quiere intentar algo contra ella, se la tendrá que llevar fuera. A cosa de cinco millas.

Killer y sus hombres rieron.

—No deja de ser una solución bastante original —dijo uno de ellos—. Así se guardan las apariencias, ¿verdad?

—Exacto. Todos nos hemos comprometido a que no se cometan crímenes dentro de Baskerville.

Se hizo un breve silencio. Killer y sus hombres parecían muy satisfechos con lo que acababan de escuchar. El problema que les había traído hasta allí lo consideraban resuelto.

Matar cara a cara al alguacil… Bueno, eso se vería. También en una cuestión así podían guardarse las apariencias.

Y en aquel momento de silencio, se oyó la voz del forastero que había solicitado trabajo como verdugo.

—Todo lo que han hablado es una hipocresía —dijo—. Una desfachatez miserable.

Los rostros de cuantos estaban en el «saloon» se volvieron hacia él. Ojos mitad burlones y mitad ansiosos se clavaron en su rostro.

Killer murmuró:

—¿Por qué dice que es una hipocresía?

—Porque, al parecer, no se permite delinquir aquí, pero nadie dice nada si las cosas ocurren fuera de los límites de la ciudad. Es la cosa más imbécil y ruin que he escuchado, y basta para calificar a Baskerville como un auténtico nido de víboras. Igual que lo de matar al alguacil, aunque sea cara a cara. Si él se ha comprometido a defender a esa mujer, tiene todo el derecho a hacerlo.

Killer masculló:

—Entiende usted mucho de derechos, forastero.

—Y de deberes. Por lo que he oído decir, ese alguacil se ha

portado como un hombre al defender a la muchacha. Creo que era su obligación hacerlo, y que se le debe respeto por ello.

El dueño del «saloon» murmuró:

—Bueno, también es extraño que Lennon se haya comportado con tanta valentía. Hasta ahora era un tipo que se limitaba a verlas venir. Pero creo que el forastero tiene razón.

—A mí no me importa si la tiene o no —dijo Killer con voz ronca—. Lo único que quiero es que nadie se meta en mis asuntos. Y si ese aspirante a verdugo se mete, tanto peor para él.

Killer hablaba así porque confiaba ciegamente en sus cuatro hombres.

Eran cinco contra uno. Aquel forastero no persistiría en su actitud de desafío, a menos que quisiera convertirse en un suicida.

Le miró socarronamente.

—Nuestro amigo va a hacer algo muy interesante —dijo—. Va a largarse de la ciudad.

—¿Cuándo?

—Apenas termine su *whisky*.

El forastero alzó un poco la mano derecha y lo vació de un trago.

—Lo he terminado ya —susurró.

Killer no sabía qué pensar.

¿Estaba ante un suicida o ante una especie de diablo que podía vencerles a los cinco?

No. No era absurdo.

Pero había algo de cierto, y era que no podrían actuar con tranquilidad mientras aquel maldito estuviera ante ellos.

Por eso miró a los clientes que estaban tras él.

—Bueno —murmuró—, ya ven que ese estúpido nos provoca…

Y sacó el revólver.

No hubo aviso ni hubo nada. No pronunció una sola palabra más.

Tampoco necesitaba dar órdenes a los cuatro hombres de su grupo, porque sabía que éstos empuñarían los revólveres en cuanto le viesen a él, sin perder ni un segundo.

El forastero estaba listo.

Moriría sin tiempo para nada, sin llegar a saber ni siquiera a qué lado del cuerpo tenía el «Colt».

Pero en eso Killer se equivocó, como fallaron sus hombres.

Aquel maldito desconocido demostró tener una intuición diabólica, porque adivinó el instante exacto en que iban a «sacar». Y demostró también que poseía la agilidad de un puma.

Cuando la primera bala lanzada por Killer atravesó el lugar donde aquel hombre debía haber estado, ya no se encontraba allí.

Parecía increíble que un ser humano pudiera dar un salto tan rápido, pero el forastero lo dio. Voló materialmente por los aires para situarse al otro lado de la barra, mientras tronaban los revólveres.

Las balas llegaron a la pared del fondo, haciendo añicos un cuadro donde se veía a una gordinflona bailarina.

El desconocido disparó sin apuntar, enviando sus balas a través de la madera de la barra, desde el lado interno de ésta. Ninguno de los proyectiles alcanzó el blanco, aunque todos rozaron las piernas de los cinco granujas. Éstos saltaron hacia la puerta, con cómicos brincos, como si de pronto acabaran de ver que el suelo del «saloon» estaba infestado de serpientes.

Killer aulló:

—¡Fuera!

Mientras retrocedían, todos dispararon hacia la barra, cribando la zona que ya antes habían atravesado los disparos del desconocido. Daban por sentado que éste aún se encontraba allí, pero los hechos demostraron que eso era suponer mucho.

Nuevos plomos atravesaron la madera, ahora desde otro sitio. Uno de los pistoleros fue rozado en una pierna.

Simplemente rozado.

Pero, eso bastó para que su último brinco quedara cortado en seco, no llegando a la puerta al mismo tiempo que sus compañeros, que ya estaban prácticamente en ella.

Lanzó una maldición y enseguida aulló:

—¡Perro!

El «Colt» estaba engarfiado entre sus dedos. Arrastrando un poco la pierna herida, trató de llegar hasta la puerta.

La cabeza y la mano derecha del forastero asomaron por un lado de la barra. Por el que menos podía esperar aquel tipo.

Susurró:

—¿Me llamabas?

El pistolero lanzó otra maldición. Intentó desesperadamente ser él el primero que disparase.

Creyó que apretaba el gatillo.

Fue su última sensación.

El extraño forastero había tenido tiempo incluso de recargar el revólver mientras estaba al otro lado de la barra. Lo demostró la enorme cantidad de plomo que llegó a vomitar por él. Seis balas, una tras otra, todas las cuales alcanzaron a su enemigo en algún punto vital. El pistolero, con las facciones todavía desencajadas por el asombro, fue doblando poco a poco su cuerpo convertido en una criba.

Su matador no se entretuve en verlo caer.

Estaría indefenso mientras no hubiera recargado el cilindro de su revólver.

Lo abrió con un seco gesto. Su mano izquierda voló. Tenía más agilidad en los dedos, cargando balas, que un tahúr profesional moviendo las cartas.

Todos le contemplaban admirados. Se habían olvidado incluso de mirar el cadáver o de vigilar la puerta, por la cual podían ver los otros cuatro forajidos.

El forastero hizo otro gesto seco. El cilindro de su revólver quedó cerrado.

Ahora ya podían volver sus enemigos, pues desde detrás de la barra los hubiera rociado con plomo. Pero ninguno de los Killer volvió. No se preocuparon ni de su compañero muerto.

El forastero escupió al suelo.

—¿Y ésos querían matar al alguacil cara a cara? —masculló—. Ésos no matan de frente ni a un perro ciego.

Saltó nuevamente de la barra a la parte exterior del «saloon».

Todo el mundo le miraba. Pero pronto la atención de los espectadores se centró en el cadáver, siguiendo esa ley infalible del Oeste que hacía que la gente se fijara en los muertos mucho más que en los vivos.

Uno de los clientes balbució:

—¿Sabe que las ha acertado todas y casi sin apuntar, amigo? No lo entiendo. Los seis plomos son mortales de necesidad. ¿Nunca desperdicia una bala?

El forastero inclinó la cabeza.

—A veces —dijo—. Hay ocasiones en que apunto al corazón y clavo el plomo entre las cejas.

Todos sintieron que una corriente de aire helado pasaba por sus espaldas.

Aquel tipo no había hecho ningún chiste. Se notaba que era de esos fulanos que nunca hablan en broma. Los testigos se fueron apartando lentamente del muerto para volver sus miradas hacia el hombre que lo había enviado al otro mundo.

Uno de ellos murmuró:

—Es extraño que estos tipejos no hayan vuelto a vengar a su amigo.

—¿Y por qué habían de volver? —preguntó el dueño del «saloon»—. Ahora recuerdo quiénes son. Les llaman los Killer, aunque sus apellidos son diferentes. Nacieron hijos de millonarios y se están transformando en hijos de zorra. No hacen más que perseguir mujeres a costa de lo que sea. Mal asunto, si quieren quedarse en Baskerville.

El forastero murmuró:

—Me temo que se quedarán más tiempo del que hubieran querido. Puede que tenga que encargarme de los otros cuatro.

Todos adivinaron lo que había querido decir con aquello de «encargarse».

Si alguno de aquellos tipos llega a ser pastor de almas, ya se habría puesto a rezar por los difuntos.

Pero nadie lo era.

El dueño del «saloon» preguntó:

—¿Cómo se llama usted, forastero?

—Mi nombre no importa.

—Pero le llamarán de algún modo…

—Sí. Pueden llamarme Nummy.

—¿Y qué piensa hacer, señor Nummy?

—Es posible que me quede en la ciudad. Todo depende del ambiente que haya en ésta.

—El ambiente ya lo ha visto.

—Pero no creo que encuentre trabajo como verdugo —murmuró otro.

Nummy señaló el cadáver.

—Hay muchas maneras de hacer de verdugo —dijo.

Todos le entendieron.

Todos se dieron cuenta de que aquel individuo, para ejecutar una sentencia, no necesitaba precisamente una cuerda.

El forastero fue a dirigirse hacia la puerta.

El dueño del local le advirtió:

—No olvide lo que voy a decirle, amigo. Ha matado usted a uno de los Killer, pero aún quedan cuatro. Si fueran valientes podría andar por las calles tranquilo. Sin embargo, son unos malditos y sucios cobardes. Le dispararán desde cualquier ventana o desde cualquier azotea. No llegará a verles, pero siempre los tendrá a su espalda. Vaya con cuidado, señor Nummy.

El joven sonrió.

Todo aquello parecía importarle muy poco. Daba la sensación de que se había encontrado en muchas situaciones parecidas, o tal vez peores aún.

Una vez en la calle se dirigió hacia la oficina del alguacil.

Ésta, como queda dicho, no estaba lejos.

Encontró a Lennon detrás de su mesa, meditando sin demasiada alegría. Llevaba vendado el brazo izquierdo, y no parecía encontrarse precisamente en el momento más feliz de su existencia. Alzó la cabeza con sobresalto al ver entrar a aquel desconocido.

Nummy sonrió.

—No se preocupe, no soy ninguno de los Killer. Y me parece que no le van a dar preocupaciones por el momento.

—¿Cómo lo sabe?

—Estaban en el «saloon» hace muy poco. Y he tenido el honor de enviar a uno de ellos al infierno.

El alguacil le miró con sorpresa.

No recordaba haber visto a aquel tipo en ninguna parte, ni siquiera en los pasquines. Estaba seguro de que no se trataba de ningún reclamado. Pero al mismo tiempo se dio cuenta instintivamente de que estaba en presencia de un asesino profesional.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Nummy. O, mejor dicho, me llaman así.

—¿No es ése su verdadero nombre?

—Mi verdadero nombre no importa.

El alguacil arqueó una ceja.

—Bueno, ¿por qué ha matado a uno de los Killer?

—Debe ser porque los cobardes no me gustan.

—A mí tampoco, pero esta vez poca cosa voy a poder hacer.

Y señaló su brazo herido con una mueca.

—¿Cómo es alguacil de un sitio tan raro? —preguntó Nummy.

—Lo dice porque aquí se admite a los delincuentes, ¿verdad? Y no se les mete en la cárcel.

—Exacto. Al contrario que en otras partes.

—Fue una idea del gobernador. Así, al menos, se tiene controlada a esa gentecilla y se sabe dónde están.

—¿Y usted qué papel juega?

—Represento a una ley que ellos mismos han aceptado. Garantizo que haya tranquilidad dentro de estas calles, y naturalmente informo al Gobierno de lo que sucede aquí. Los habitantes de Baskerville lo saben, y saben también que eso no les conviene. Pero la existencia de un sitio donde puedan estar tranquilos les conviene todavía más.

—Es un ensayo peligroso —dijo Nummy—. Funcionará mientras todos los granujas que viven en Baskerville acepten las reglas del juego. Pero bastará con la llegada de unos tipos como los Killer para que todo se vaya al diablo.

—Es posible que tenga razón. Pero me nombraron para este puesto y no pienso largarme.

Nummy se sentó en un borde de la mesa, mientras ladeaba un poco el revólver.

—Me han hablado de una chica —dijo.

—Sí. Esos granujas de los Killer la han perseguido hasta aquí.

—¿Dónde está?

Lennon señaló hacia una de las puertas de su oficina.

—La he metido en una celda —dijo—. Me ha parecido el sitio más seguro, dentro de las circunstancias.

Nummy se despegó de la mesa y fue hacia la puerta, abriéndola. La muchacha había cambiado totalmente de aspecto, después de lavarse por completo y sacudirse el polvo de las ropas. Se había peinado también, recogiendo sus dorados cabellos en una gran trenza que le caía sobre la espalda. Nummy se quedó parado en el umbral, diciéndose que quizá nunca había visto una mujer tan hermosa. Pero ese pensamiento no se notó en sus ojos fríos e

impasibles, unos ojos que siempre tenían la misma expresión.

Silvia susurró:

—¿Quién es usted?

—Me llaman Nummy —dijo simplemente el recién llegado.

—¿Y qué quiere?

—Deseaba ver el sitio en que se encuentra, para saber si es lo bastante seguro. Y no acaba de gustarme, ¿sabe? Pero supongo que sería peor instalarse en un hotel.

—¿Es usted amigo del alguacil?

—Supongamos que sí —murmuró Nummy con expresión enigmática—. Según cómo se mire, yo soy amigo de todo el mundo.

Y salió.

Ya se había dado cuenta de que no podía entrarse fácilmente allí, y de que la muchacha estaría relativamente segura mientras Lennon pudiera seguir en su puesto.

¿Pero seguiría?

Nummy volvió a la oficina. Y entonces conoció a Bradley, el tipo más extraño a quien viera en su vida entera.

Porque Bradley quería morir.

CAPÍTULO VI

Era un hombre todavía bastante joven, al que se podían calcular unos treinta y cinco años. Vestía como un vaquero y llevaba un rifle colgando de su brazo derecho.

Su expresión resultaba taciturna. Uno adivinaba enseguida, sin saber bien por qué, que aquél no era precisamente un hombre feliz.

Hablaba con Lennon.

—Quiero quedarme aquí —dijo—. Ya sabe que puede contar conmigo para cualquier misión peligrosa.

—Siempre con tus condenadas manías, Bradley.

—¿Y qué? ¿No muere aquí gente cada día? ¿Por qué yo no…?

—Hace un año que estás deseando que te maten.

—No lo niego.

En aquel momento Nummy, que acababa de cerrar la puerta, carraspeó. Los dos se volvieron hacia él.

—Quiero presentarle a Bradley —dijo el alguacil—. Nunca habrá conocido a un tipo como él.

—¿Por qué?

—Desea morir.

Nummy no se inmutó tampoco.

—Hay mucha gente que desea lo mismo en esta tierra —dijo—. En realidad, sólo vienen a Baskerville los tipos a quienes no les importa la vida.

—Pero el caso de Bradley es distinto —dijo el alguacil—. Hace un año le clavaron una bala cerca del corazón, y aunque de momento pudo salvarse, el proyectil se está deslizando. Nadie puede evitar que un día le alcance el corazón directamente, y entonces Bradley morirá. Ése es su destino, y él lo conoce perfectamente.

Bradley lanzó un gruñido.

—Puestos a decir cosas, dígaselo todo, alguacil. Dígale que la bala, al moverse, me ocasiona unos sufrimientos insoportables. Dígale que ningún médico se atreve a operarme porque está demasiado cerca del corazón. Y puede añadir que por eso mismo estoy deseando que me peguen un tiro. Cualquier misión peligrosa la aceptaré, y por eso voy a quedarme aquí.

Lennon produjo un chasquido con la lengua.

—Bradley se ha peleado muchas veces —explicó—, quizá buscando que le perforen la cabeza. Pero como todo el mundo le conoce, nadie quiere matarle. Ahora ya conoce su historia y sabe por qué está aquí.

Nummy miró con fijeza al extraño individuo.

Como de costumbre, ninguna emoción se reflejó en su rostro.

En aquel momento vio pasar por delante de la puerta a un individuo que llevaba el sombrero echado sobre los ojos, como si no quisiera que la gente se fijase demasiado en él. La fugaz visión duró apenas un momento. Nummy sonrió y dijo:

—Ya que Bradley va a quedarse aquí, vigilando todo esto, yo no hago ninguna falta. Hasta luego, alguacil.

Y salió.

Miró a un lado y a otro de la calle, pero ya no se veía a nadie. Estaba vacía como si todos sus habitantes hubieran decidido de repente emigrar de la ciudad.

En el interior de la oficina, Lennon sonrió.

Acababa de ver pasar a Custer por delante de la puerta. El hombre a quien todos creían Derby ya estaba de nuevo en la ciudad. Seguramente preparaba ya algún golpe en el que quedaría deshecha toda la banda.

Él también salió a la calle, pero ya no pudo ver ni rastro del recién venido.

Se encogió de hombros.

—Ya se pondrá en contacto conmigo —dijo en voz baja—. Supongo que no hará nada sin consultarme.

Y volvió al interior. La herida en el brazo cada vez le dolía más. Dejó en el lugar a Bradley, vigilando, mientras él iba a su habitación a meterse en la cama con una botella. Medio litro de *whisky* hace olvidar a cualquiera que lleva una bala clavada en el

cuerpo. Y Lennon pronto lo olvidó.

CAPÍTULO VII

Sólo un ferrocarril atravesaba la comarca, saliendo de Tucson y regresando a la misma ciudad. Ponía en comunicación diversos centros mineros y ganaderos para transportes a corta distancia. Normalmente lo utilizaban para sus negocios muchos comerciantes de la segunda ciudad de Arizona. Se decía que el ferrocarril transportaba además bastante dinero para los pagos en las ciudades por las que atravesaba. Debía ser verdad, porque siempre iba fuertemente protegido.

Salía de Tucson los lunes y no regresaba, al punto de partida hasta dos días más tarde. Naturalmente, era un ferrocarril de vía estrecha y de escasa velocidad, perteneciente a una pequeña compañía. Pero al menos doce hombres bien armados lo custodiaban en cada viaje.

Aquel día era martes.

Los hombres que estaban en lo alto de la colina polvorienta lo sabían bien. Llevaban vigilando desde sus puestos desde el día anterior, casi sin moverse, como si fueran viejos guerreros indios.

No vigilaban el paso del ferrocarril, puesto que ya sabían que éste atravesaba por allí los martes y aproximadamente a las cinco de la tarde. Observaban la vía.

Querían saber si alguna patrulla vigilaba el lugar. Pero todo estaba en calma y todo parecía perfectamente favorable cuando distinguieron a lo lejos el negro penacho de humo de la máquina.

Ésta subía, hasta llegar a la zona de las colinas, una rampa bastante empinada.

Su escasa potencia hacía que sólo pudiera remontarla a muy poca velocidad.

Los hombres que estaban esperando su paso se removieron

inquietos.

El gran momento había llegado.

Vieron aparecer una polvareda en la parte baja de la colina. Aquella nube de polvo fue ascendiendo. Era un jinete que avanzaba a gran velocidad y dominaba su caballo con notable maestría.

Pronto lo vieron aparecer junto a ellos.

Llevaba el sombrero bastante echado sobre los ojos, pero le reconocieron enseguida.

—Hola, Derby —murmuró uno de los vigilantes.

El recién llegado paseó su mirada por el lugar y luego esbozó una sonrisa satisfecha, como si lo encontrara todo conforme.

—Veo que ya se distingue el humo de la máquina —susurró.

—Sí. Y tardará en llegar aproximadamente media hora.

—¿Está bien levantado el raíl que os indiqué?

—Sí. La máquina descarrilará al llegar a la curva. Entonces actuaremos.

Otro de los vigilantes preguntó:

—¿Se sabe cuánto dinero transporta esta vez el ferrocarril, Derby?

—Me han hablado de un cuarto de millón de dólares. Quizá la cifra sea exagerada, pero de todos modos ésta es la época en que se hacen los pagos a los ganaderos de los contornos. Pongamos que sean ciento cincuenta mil. Es un botín más que apetitoso.

Los jinetes asintieron.

—Lo difícil será conseguirlos —dijo uno de ellos—. Yo estaría más conforme si empleásemos explosivos.

—Tú siempre estás pensando en lo mismo —refunfuñó otro—. Tienes manía con los explosivos, Bob. Cualquier día nos vas a hacer volar por los aires a todos.

—¿Con qué? No usamos ni una mala botella de nitro hace tiempo. En Baskerville no hay explosivos, y en otras poblaciones no podemos comprarlos porque nos conocen demasiado. En fin, cada uno tiene su manera de trabajar, ¿no?

Todos miraron hacia el penacho de humo de la máquina.

Ésta se hallaba cada vez más cerca.

Bob murmuró:

—Es curioso. Nunca habíamos dado un golpe así, Derby.

—¿A qué te refieres?

—Nos llaman los Jinetes de Medianoche. Siempre habíamos atacado después de ponerse el sol. Será la primera vez que lo hagamos en pleno día. La gente no va a creerlo.

El hombre a quien habían llamado Derby sonrió.

—Lo que me interesa son los resultados, no las horas —dijo—. También me hubiera gustado atacar el tren de noche, pero éste es el sitio más favorable de toda la ruta y el convoy pasa en este momento, no en otro. Ahora vamos a prepararnos.

Miró a los hombres que tenía disponibles allí.

Eran seis.

Pero aunque estaban bien armados y resultaban unos auténticos expertos, nadie hubiera podido tener la pretensión de atacar con ellos un tren en marcha y poderosamente defendido. Sin embargo eso no parecía preocuparles demasiado.

Les indicó por señas que se situaran en el punto más bajo de la colina.

—Atacaremos por este lado —dijo.

Los otros no hicieron ningún comentario.

Ignoraban los pormenores del plan, pero tenían una absoluta confianza en su jefe.

Los bufidos de la locomotora se oían cada vez más cerca.

El penacho de humo era como una bandera que indicaba su presencia.

Los minutos transcurrían lentos, eternos.

Por fin apareció en la curva.

Los forajidos, a pesar de su experiencia, tenían la boca seca.

Uno de ellos murmuró:

—Tú das la señal, Derby.

—No hará falta. En cuanto descarrile, nos lanzamos al ataque colina abajo. Quiero que no dejéis descansar los rifles ni un momento. Hay que dar a los del tren la sensación de que les ataca un verdadero ejército.

No tuvieron que esperar mucho para ello.

De pronto los acontecimientos se precipitaron.

Al tomar la curva, el maquinista no notó que uno de los raíles estaba levantado y separado de su lugar.

No aminoró la velocidad.

El descarrilamiento fue inevitable.

La máquina saltó de costado, mientras los primeros vagones la seguían. Los otros quedaron como empotrados en los primeros. Uno de ellos se incendió por debajo, a causa de la fricción de las ruedas. Se oyeron maldiciones, gritos y los primeros disparos.

Los forajidos descendían desde la colina.

Tal como les había indicado su jefe apretaron sin cesar el gatillo de sus rifles. Su estruendo era descomunal. Daba verdaderamente la sensación de que atacaba todo un ejército.

Los hombres que defendían el tren, sin embargo, no se dejaron amilanar.

Inmediatamente se dieron cuenta de que aquello era un ataque y se apostaron todos en las ventanillas del lado por el que llegaban los asaltantes.

Una verdadera granizada de plomo les recibió.

Se oyeron gritos de los vigilantes.

—¡Duro, muchachos! ¡Son sólo seis!

—¡Están locos!

—¡Nosotros somos doce!

En efecto, tal como venía planteada la batalla estaba decidida antes de empezar.

Resultaba una locura tratar de asaltar un tren de aquella manera.

La granizada de plomo que recibió a los atacantes fue de efectos espectaculares y terribles. Apenas medio minuto después todos habían sido arrancados de las sillas de sus caballos, empezando por el jefe. Los cuerpos rodaron colina abajo. El polvo quedó empapado de sangre.

Los vigilantes del tren no habían sufrido ninguna baja. Ni uno de ellos se había tan siquiera despeinado.

—¡Están listos!

—¡Nunca hubiera creído que fuera tan fácil!

—¡Yo diría que esos tipos querían suicidarse!

En efecto, el combate no había durado ni medio minuto.

Pero lo que los vigilantes ignoraban era que justamente ahora acababa de empezar. Porque mientras todos ellos se situaban a la derecha del tren, por la izquierda asomaban más de quince hombres que habían estado aguardando su momento en el talud que había más allá de los raíles.

Para eso habían estado los otros vigilando todo el día. Para que ninguna patrulla se acercase y viera los raíles y los forajidos ya esperando. Y por eso el primer grupo había llevado la peor parte en el combate, a fin de dejar el campo libre a los otros.

Todo sucedió muy rápidamente. Con tanta rapidez que los vigilantes del tren no llegaron a darse cuenta de nada.

Cuando oyeron chillar a los pasajeros, ya era demasiado tarde.

Quince forajidos saltaban por el otro lado. Todos llevaban cuchillos y revólveres, más eficaces que los rifles para la pelea cuerpo a cuerpo.

Sonaron disparos y gritos.

La matanza fue implacable.

Todos los guardianes murieron en sus puestos, con los rifles todavía empuñados. Los forajidos no se preocuparon más de ellos. Se distribuyeron inmediatamente por los vagones, para que nadie escapase.

—¡Quietos!

—¡Todos en sus asientos y con las manos en alto!

Los viajeros comprendieron que no tenían la menor posibilidad de defenderse ni de huir. Por eso obedecieron sin que se produjera ningún intento de fuga.

Los objetivos de los asaltantes estaban bien claros.

Más que los viajeros, les interesaba el furgón-correo del tren. La cerradura de la puerta metálica fue saltada a balazos. En el interior del furgón había dos empleados que no opusieron resistencia.

—¡Las manos en alto!

—¡A ver, las llaves!

Uno de los empleados las entregó.

La caja acorazada del furgón fue abierta. En ella había numerosos fajos de billetes, cuidadosamente apilados.

Los asaltantes eran expertos en calcular cantidades sólo por el bulto. Cada billete era de a veinte. Calcularon unos ciento cincuenta mil dólares.

Era un espléndido botín. ¡Y aún quedaban los pasajeros!

Los fajos fueron metidos en un saco, y el hombre que lo llevaba desapareció saltando por una de las ventanas. Minutos después galopaba hasta perderse de vista.

Sus compañeros se dedicaron entonces a los viajeros del tren.

Eran unos sesenta, entre ellos varias mujeres hermosas.

Pero los asaltantes no tenían tiempo de dedicarse ahora a la belleza femenina. Se limitaron a arrancar anillos, collares y pendientes. En cuanto a los hombres, tuvieron que dejar sus relojes y sus carteras. El que llevaba armas hubo de soltarlas también.

Toda esa operación, aparentemente muy laboriosa, sólo duró unos cinco minutos.

La estaban terminando cuando dos personas subieron al tren.

Eran dos hombres, uno de los cuales iba cubierto de sangre, aunque sólo sufría una herida de bala que no debía ser grave. El otro iba cubierto de polvo y no presentaba más que rozaduras causadas al caer por la colina.

Fue éste el primero en poner el pie en uno de los vagones. Los pistoleros que se encontraban allí se volvieron inmediatamente hacia él. Sus gestos bravucones desaparecieron para transformarse en muestras de respeto.

—¡Derby!

—¡Llegamos a creer que había muerto! ¡Le hemos visto caer del caballo!

—Me he tirado yo —dijo el recién llegado—. Me he lanzado de la silla al suelo apenas esos imbéciles han empezado a disparar. Los otros no han sido tan listos.

El que venía tras él murmuró:

—No esperábamos esta carnicería.

—¿Carnicería? —Y el jefe le miró con desprecio—. Han muerto cinco hombres, y a cambio de eso nos hemos apoderado del tren en cinco minutos escasos. ¿Hay algo que objetar a mi plan?

El herido, que era Bob, el amante de los explosivos, masculló:

—Sólo uno: que un pequeño grupo hemos servido de cebo.

—Y yo estaba entre ellos.

—Tienes razón, Derby.

Bob se apretó un pañuelo contra la herida y dejó de discutir, alejándose de aquel vagón.

Él hubiera hecho las cosas de otro modo. Él pensaba que con unos cuantos explosivos las cosas hubieran sido distintas.

Y de pronto sus ojos se iluminaron.

¿Cómo no lo habían visto sus compañeros? Y si lo habían visto, ¿por qué no le habían dado importancia?

Las dos grandes cajas de madera estaban en el furgón de equipajes. La advertencia estaba bien clara sobre la tapa: «Explosivos». Tenían que ser cartuchos de los que empleaban los mineros.

Bob abrió la puerta del furgón y sacó aquellas dos cajas, arrastrándolas y haciéndolas caer por el talud.

Luego saltó él también.

Aquellas cajas constituían, desde su punto de vista, un magnífico botín. Le ayudarían mucho en sus golpes, si alguna vez decidía separarse de la banda.

En el último vagón del tren, que era descubierto, viajaban seis mulas que sin duda también eran destinadas a las minas. Cada una de ellas iba medio cubierta por una manta de la que colgaba un rollo de cuerda. Bob hizo descender a dos de aquellos resistentes animales y los condujo hasta el lugar donde estaban las cajas. Con grandes esfuerzos, consiguió atar sólidamente una sobre uno de ellos.

Sólo con aquello ya se sintió muy fuerte.

Él sabía las dificultades que la banda había tenido siempre para conseguir explosivos. Con los que ahora llevaba sobre las mulas conseguiría realizar cosas que habían estado fuera del alcance de Derby durante los últimos tiempos.

Había cajas de Bancos a las que sólo podía acercarse uno con los explosivos preparados.

A partir de ahora podía incluso separarse de la banda y obrar por su cuenta y riesgo.

Bob echó a andar con las mulas.

Notó que un gran silencio le envolvía.

Los asaltantes debían haberse retirado ya del tren. Confiaba en que no notarían su falta.

Pero esa confianza se reveló ilusionaría.

Unos minutos después empezaban a tirotearle desde las ventanillas. Eran sus propios compañeros los que le enviaban aquel regalo, dándose cuenta de su fuga. Derby nunca había perdonado que alguien desertara de su banda.

Bob excitó a los animales y echó a correr confundiéndose con ellos.

Las balas de rifle no le daban demasiado miedo, porque se

hallaba ya a mucha distancia. Pero un sudor frío nació en sus sienes al pensar en lo que ocurriría cuando Derby ordenara a un par de jinetes que le persiguiesen a caballo. Él no podría huir con la suficiente rapidez y le desharían a balazos por el camino.

Pero tuvo suerte.

No salieron jinetes en su busca por la sencilla razón de que la banda ya llevaba demasiado tiempo en el lugar del asalto. En cualquier momento podía llegar una patrulla y entonces todo se iría al diablo.

Bob suspiró aliviado al notar que podía considerarse libre.

Claro que eso era muy relativo. Derby le perseguiría implacablemente por toda aquella zona, para castigar su deserción. Le mataría como a un perro.

Si antes Bob no se levantaba y lograba disparar primero.

CAPÍTULO VIII

El jinete llegaba solitario hacia la ciudad de Baskerville.

Sus ropas estaban cubiertas de polvo, lo cual indicaba que había atravesado los lugares más inhóspitos de la comarca. El sombrero echado sobre los ojos permitía sin embargo ver su cara, que en la ciudad mucha gente conocía ya.

Algunos musitaron al verle pasar:

—Es Derby…

—¿Cómo se atreverá a volver?

Pero el hombre había regresado porque tenía un trato con Lennon, el alguacil. Se detuvo ante la oficina de éste y descabalgó. Pero tuvo una sorpresa al ver aparecer en el umbral a un hombre al que no conocía.

Era un tipo armado con un rifle que le avisó:

—Lárguese, amigo. Lennon no está aquí.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bradley y estoy al cuidado de todo esto.

—¿Dónde está Lennon?

—Tropezó con una bala y está durmiendo en su casa. Bueno, dormirá si puede. Es aquel edificio que tiene un cartel rojo en la entrada.

El recién llegado lo miró.

Se llevó la derecha al ala del sombrero y dijo suavemente:

—Gracias, compañero.

Fue hacia el lugar indicado y se encontró efectivamente con Lennon. El alguacil estaba aún medio borracho, pero no tanto que no se diera cuenta de la situación. Alguien le había venido ya con la historia del tren asaltado y la de todos sus vigilantes muertos.

Lanzó una maldición al ver a su visitante.

—¡Derby, infiernos! ¿Cómo se atreve a venir después de lo sucedido? ¿Qué ha pasado con ese desastre del tren de Tucson?

El recién venido se quitó el sombrero y se sentó pesarosamente junto a la cama.

—No pude evitar la matanza de los guardianes, Lennon. Por poco me apiolan a mí. Cuando subí al tren ya todo estaba consumado.

—¿Pero de qué manera lo preparó?

—Tuve que colocarme en el puesto de máximo peligro para dar confianza a mis hombres. Los guardianes resistieron más de lo que yo pensaba y ya le digo que por poco me acribillan. Eso me impidió llegar al tren a tiempo. Pero aquellos condenados buitres tenían órdenes de no matar. Sin embargo lo hicieron. Fue una de las mayores decepciones que he tenido en mi vida.

Lennon suspiró.

—Me hago cargo de que esa gente está acostumbrada a matar. Hubieran sospechado de usted caso de impedírselo. Incluso me extraña que no tuviera una rebelión, si se enfadó al ver la escabechina.

—No me atreví a decirles nada. En efecto, hubieran encontrado muy extraño a un Derby que les impidiera matar.

El alguacil se sujetó el brazo herido mientras cambiaba de postura en la cama.

—¿Hubo víctimas entre los pasajeros?

—Ninguna. Eso sí que pude impedirlo.

—¿Dónde está el dinero robado?

El hombre que estaba frente a Lennon extrajo un papel doblado que era en realidad un cuidadoso plano de la comarca. En él aparecía señalado un punto, no lejos de la ciudad.

—Ha sido enterrado aquí. Está seguro y se recuperará cuando usted quiera. Lo único lamentable han sido los muertos, pero a cambio de eso la banda ya me tiene absoluta confianza. Ahora los llevaré a donde yo quiera.

—Se les podría preparar una emboscada…

—Sí, e incluso he pensado el sitio. Hay un lugar al que llaman El Desfiladero del Potro. Si los hago pasar por allí dentro de un par de días podrán ser abatidos fácilmente. Claro que iré con ellos, y eso significa que correré peligro. Para que los tiradores no me

confundan, he pensado ponerme un pañuelo rojo al cuello.

El alguacil asintió.

—No es mala idea, Custer.

—Creo que acabaremos fácilmente con esa maldita banda. Claro que al final habrá costado bastantes sacrificios, pero nada se consigue sin esfuerzo.

Lennon asintió.

—Todo me parece bien, Custer, después de las explicaciones que me ha dado. ¿Qué va hacer ahora? ¿Se quedará en Baskerville?

—Sí. A pesar de que he tomado todas las precauciones, conviene que los de la banda no me vean demasiado. Corro el peligro de que alguien me reconozca.

—¿Cree que sospechan?

—No, pero no puedo fiarme. Por cualquier detalle, podrían darse cuenta de que soy un impostor. Es necesario que sólo esté con ellos el tiempo más preciso.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—A todo esto, no le he preguntado quién le ha herido, Lennon.

—Han sido unos buitres a quienes llaman los Killer. Uno de ellos ha muerto, pero todavía quedan cuatro. Si se los echa a la cara no vacile en enviarlos al otro mundo. Nadie le criticará por eso.

Desde la puerta el otro murmuró:

—Le prometo que lo haré, Lennon. He oído nombrar a los Killer y no les tengo precisamente mucha simpatía. Buenas tardes. Mañana volveré a verle.

Salió a la calle.

Todo estaba tranquilo, aunque sabía que le espiaban desde puertas y ventanas.

Se dirigió al hotel.

Éste era en realidad un pequeño grupo de habitaciones que estaban sobre el «saloon» situado en el centro de la calle principal.

Pensaba pasar la noche allí y al día siguiente volver con la banda.

Entró en el «saloon» dispuesto a beber un trago.

Los que estaban en la barra se apartaron respetuosamente al reconocer al jefe de los Jinetes de Medianoche. Los camareros se apresuraron a correr hacia el sitio donde él estaba, para servirle cuanto antes.

—¿Qué quiere beber? Desde luego, la casa invita.

—Ante todo quiero saber si puedo tener una habitación cómoda para pasar la noche.

—Desde luego, señor Derby. Le daremos la mejor de las que tenemos ahí arriba.

—Muy bien. Ahora sírvame un *whisky* doble.

—Con mucho gusto, señor Derby.

Mientras el pistolero bebía, el dueño del «saloon» se le acercó con una sonrisita servil.

—Es un honor tenerlo aquí, señor Derby. He oído contar muchas cosas de usted.

—¿De veras?

—Sí, e incluso sé que alguna vez estuvo al servicio de la ley.

—¿Al servicio de la ley yo…? Creo que a usted le han engañado, amigo.

—De ninguna manera. Me lo contó alguien que lo había visto. Cierta vez, en Santa Fe, salvó usted la vida a un *sheriff* matando a tres forajidos que querían acabar con él.

El bebedor lanzó una carcajada.

—Sí, ya recuerdo. Fue en Santa Fe hará unos dos años, efectivamente. Pero no hay que dar demasiada importancia a eso. Lo que en verdad ocurrió fue que aquellos tres forajidos me resultaban antipáticos. De la misma forma que me son odiosos los Killer, y si mato a uno de ellos, ¿dirá la gente que lo he hecho para ayudar al alguacil Lennon?

El dueño del «saloon» sufrió un ataque de hipo.

—¿Quiere decir que va a matar a los Killer, señor Derby?

—Si me echo uno de ellos a la cara lo liquidaré, no tenga la menor duda.

El dueño murmuró:

—Pues va a ser un espectáculo…

Y en cierto modo ya se relamía de placer pensando en lo que preparaba para cuando el famoso Derby encontrara a aquellos cuatro sucios criminales.

Porque la verdad era que Derby le daba asco, pero al menos era valiente y daba la cara. Mucho más asco le daban cuatro cobardes como los Killer.

En ese momento los acontecimientos se precipitaron.

Nadie hubiera sido capaz de prever aquello. Nadie se dio cuenta en realidad de lo que sucedía.

Dos de los hombres que estaban al fondo del «saloon», pero lo bastante cerca para haber oído la conversación, se movieron súbitamente.

Los revólveres brillaron en sus manos.

El grito de uno de los clientes llegó desde el piso superior.

—¡Los Killer! ¡Dos de ellos están aquí!

En teoría, Derby era ya hombre muerto.

Sus enemigos tenían toda la ventaja, pues habían sacado los revólveres antes, y además eran dos. Sin embargo lo que ocurrió dejó atónitos a todos.

Desde la barra, el pistolero se revolvió como una serpiente.

No estaba tan desprevenido como parecía. Debía haber visto algo reflejado en el vaso que sostenía a la altura de los ojos, porque cuando apuntó con el «Colt» ya sabía dónde lo hacía.

Su disparo fue increíblemente rápido.

Más veloz incluso que los de los miserables que ya le estaban apuntando.

Sólo pudo matar a uno de ellos, pero fue bastante. El otro lanzó un grito de terror casi femenino y se arrojó a toda velocidad hacia una de las ventanas, rompiéndola con su peso.

Dos balas más le siguieron, pero ya no pudieron alcanzarle.

Mientras tanto el caído intentaba levantar el «Colt» con las últimas fuerzas de la agonía. Dos balas más le barrenaron la cabeza, dejándole hecho un ovillo sobre las tablas del suelo.

Todo el mundo estaba boquiabierto.

En muchos años no se recordaba haber visto a nadie tirar así.

El dueño del «saloon» farfulló:

—Ha sido un espectáculo admirable. Por ver esto se podía pagar entrada. ¿Otra copa, señor Derby?

—No me importaría… siempre que la casa invite.

—Naturalmente que sí, señor Derby.

El pistolero vació el nuevo vaso y luego se dirigió hacia las escaleras que llevaban al piso superior.

Con la mano en la pasarela, se detuvo.

—¿Qué habitación voy a ocupar?

—La que usted quiera, señor Derby. Hay algunas ocupadas, pero

echaremos a puntapiés al huésped si a usted le parece bien. ¡Pues no faltaría más!

—En ese caso no se preocupe. Ya vaciaré la habitación ahora mismo.

Minutos después un individuo pequeñajo bajaba rodando por las escaleras. Todos los que estaban en el «saloon» oyeron gimotear:

—Sí, señor Derby. Claro que sí, señor Derby. No faltaba más, señor Derby.

Cuando el huésped se hubo estrellado al pie de las escaleras, el dueño del «saloon» y del hotel, anotó en su libro:

«Derby, la número cuatro».

En efecto, el pistolero había encontrado que era aquélla la habitación que le gustaba más.

Y el hecho de que estuviera ocupada, no fue obstáculo, naturalmente.

Se sentó ante la mesa y empezó a escribir una carta, o al menos algo que lo parecía.

En realidad estaba dibujando otro plano de la comarca, señalando en él algunos puntos que le interesaban.

Ese trabajo llegó a abstraerle de tal modo que no notó el leve crujido de la puerta situada a su espalda.

En realidad había cometido un grave error sentándose de aquel modo. Pues tenía una ventana delante, por la que podían tirotearle desde el otro lado de la calle, y una puerta detrás por la que podía entrar alguien, como efectivamente estaba sucediendo.

Por el hueco apareció la figura de un hombre.

Llevaba en la derecha un «45» de cañón extra largo, con el que apuntó cuidadosamente a la nuca del pistolero.

Éste no se daba cuenta de nada.

Su enemigo sonrió y se dispuso a apretar el gatillo.

Una fracción de segundo más y…

Capítulo IX

El disparo retumbó en el silencio de la habitación.

Los cristales saltaron y el hombre que estaba sentado ante la mesa lanzó una especie de gruñido mientras sentía el sonido de la bala pasando junto a su cabeza. Lo primero que pensó fue que habían tratado de matarle a través de la ventana. Porque la bala no había llegado por detrás, sino por delante.

Intentó lanzarse de la silla al suelo, mientras sacaba el revólver.

En aquel momento oyó un gemido a su espalda.

Asombrado, se volvió.

Y vio entonces al hombre que había tratado de matarle a traición. Una enorme mancha escarlata se dibujaba en su camisa, sobre la que tenía crispadas las manos. El «Colt» calibre 45 resbalaba al suelo en ese momento.

No resultaba difícil darse cuenta de la situación.

Aquel tipo había tratado de matarle por la espalda, y alguien acababa de salvarle la vida disparando a través de la ventana desde el otro lado de la calle. Tenía que ser por fuerza un tirador endiablado, porque el arma empleada había sido un revólver.

El que había caído junto a la puerta ya no se movió más.

El disparo había sido infalible, matándole en cuestión de segundos.

Su presunta víctima se acercó a la ventana. Aún no salía de su asombro. Miró a través de los cristales rotos y pudo ver luz en una de las ventanas del edificio frontero. La silueta de un hombre se recortaba allí. Era sin duda la del desconocido que le acababa de salvar la vida.

Se hicieron ambos una seña con la mano.

Luego el jefe de los Jinetes de Medianoche se volvió para

contemplar de nuevo el cadáver. Estaba inclinado sobre él cuando un hombre al que no recordaba haber visto nunca apareció en el umbral.

Era joven, tenía los ojos grises y la mandíbula cuadrada.

Dijo solamente:

—Buenas noches, Derby.

—¿Quién es usted?

—Me llaman Nummy.

—¿Y por qué me ha salvado la vida?

—Debe ser porque los granujas me resultan simpáticos.

—Eso es mucho decir, Nummy. No recuerdo haberle visto en toda mi vida.

—No se preocupe. Es muy posible que ya no le vuelva a salvar.

Y desvió la conversación señalando al muerto que estaba tendido en el umbral.

—Supongo que le conocía. ¿Por qué quería matarle?

—Es bastante sencillo. Usted sabe que tengo una banda.

—Desde luego. Les llaman los Jinetes de Medianoche. Y supongo que no podría estar tan tranquilamente en una ciudad que no fuera Baskerville.

—En efecto, así es.

—Pero no me ha dicho por qué quería liquidarle este tipo.

—Formaba parte de mi banda. Se llamaba Bob. Hoy mismo ha desertado del grupo y hemos intentado matarle. Supongo que se ha dado cuenta de que ya no podría vivir tranquilo y ha procurado liquidarme a mí. Así se quitaba una pesadilla de encima.

—Comprendo.

—Lo malo es que ha estado a punto de tener éxito. Uno siempre confía demasiado en tipos que parecen inofensivos, como Bob. Nadie hubiera dado un níquel por él. Y ya ve: ha estado a punto de terminar con Derby.

Y se puso entre los labios un largo y aromático cigarro.

—Siempre fumo de éstos. ¿Quiere?

Nummy murmuró:

—No, gracias, no fumo casi nunca.

—No me deja que le invite a nada… Supongo que le apetecerá un trago.

—Eso se lo aceptaré.

—Entonces vamos.

Los dos hombres descendieron al local de la planta baja. Allí todo el mundo había escuchado el disparo, pero nadie se atrevía a subir porque ninguno quería líos con Derby. Hubo un murmullo al verle aparecer con Nummy que ya había adquirido fama al acabar de un modo tan espectacular con uno de los Killer.

Nummy preguntó:

—¿Bebemos aquí?

—No. Le llevaré a un sitio más lujoso, donde haya chicas.

—Como quiera, Derby.

Éste dijo con una carcajada:

—Es curioso lo que ha sucedido. Casi Increíble.

—¿Por qué?

—Porque Bob tenía que haberme matado.

—Ha estado a punto de hacerlo.

—Sí, pero debía haber tenido éxito. Yo creo mucho en esos que adivinan el porvenir. Y por dos veces me han asegurado que a mí me mataría un hombre llamado Bob.

—No debe pensar en eso.

—¡Oh, una cosa así es fácil de decir! Pero yo creo en los augurios. Bob tenía que haberme matado. No comprendo cómo he podido salvarme.

—Así aprenderá a no dar crédito a esas paparruchas —dijo Nummy.

—Me temo que de todos modos seguiré creyendo en ellas. Mire, aquél es el «saloon» donde pienso invitarle. Y si quiere que nos divirtamos con algunas chicas, yo corro con todos los gastos.

Los dos penetraron en el local, que Nummy ya conocía, porque había recorrido prácticamente todo Baskerville.

Había bastante gente allí. Los vestidos rojos o amarillos de unas cuantas chicas destacaban en la mezcla abigarrada de camisas de vaquero, fundas de revólver y sombreros polvorientos. Enseguida se hizo el silencio allí, al ver que los que entraban eran nada menos que dos pistoleros tan peligrosos como Derby y Nummy.

Las chicas se deshicieron de los clientes a los cuales se habían dedicado hasta entonces y acudieron al encuentro de los recién llegados.

Algunas de ellas llevaban la falda provocativamente abierta y

eran de verdad bonitas. Se situaron junto a los dos hombres, haciendo carantoñas.

—¿Nos invitáis?

—¿Por qué no bebemos juntos, muchachos?

—Sois los hombres más atractivos de Baskerville…

—Por lo menos somos los únicos —dijo significativamente Nummy.

Y miró a los pistoleros que estaban a su espalda, ninguno de los cuales se había movido, pese a que algunos de ellos habían estado hablando con las chicas. Y el que a uno le arrebataran la mujer con la que estaba departiendo se consideraba una ofensa mortal en el Oeste.

Nummy sirvió *whisky* de la botella que ya les habían puesto delante, sin preguntarles nada. Era el licor de más calidad que tenían en el local.

—A su salud, Derby.

—A la suya, Nummy.

Los dos alzaron sus vasos.

Nummy pareció como si fuera a beber. Pero de pronto lanzó el vaso al aire, mientras todo su cuerpo se contorsionaba.

Su movimiento fue tan rápido que resultó imposible seguirlo con los ojos.

Todo el mundo contuvo la respiración. Las facciones de los que estaban más cerca palidecieron súbitamente.

Nummy acababa de tirar a través de la funda.

La detonación fue casi simultánea a su movimiento. Entre el lanzamiento del vaso y el disparo mediaron apenas unas décimas de segundo. Se oyó un grito.

Todo había sido tan rápido que ni los que estaban más cerca se dieron cuenta de la dirección hacia la que había salido la bala.

Hasta que aquel hombre que estaba sentado solitario ante la mesa más cercana resbaló hacia adelante, con una mueca de estupor reflejada en sus facciones. Su barbilla resbaló sobre la madera, y desde allí terminó de caer al suelo. Todos vieron entonces, por la mancha de sangre, que la bala de Nummy le había atravesado el corazón en línea recta.

Y también vieron algo más.

El revólver que sostenía engarfiado en su derecha caía

pesadamente al suelo.

Con él había estado apuntando por debajo de la mesa, creyendo que nadie lo notaba. Con él había estado a punto de matar a traición a uno de los dos hombres.

¿A cuál?

Todos se dieron cuenta al seguir la dirección de la mirada del cadáver, que había quedado como petrificada en su rostro. Estaba mirando a Derby. Hasta el último segundo, por lo visto, había confiado en acabar con él.

Uno de los camareros balbució:

—Bueno, parece que… está usted en el mundo… por milagro, señor Derby.

—Sí. Creo que ese tipo iba a por mí. ¿Pero por qué?

—¿No lo conoce?

—No.

—Es uno de los Killer.

El pistolero lanzó un gruñido.

—Ah, vamos… Esa pandilla de malditos… Por lo visto ya solamente quedan dos.

—Y pronto no quedará ninguno —dijo alguien aduladoramente —. Se necesita estar loco para querer matar nada menos que a Derby.

Éste miró a Nummy.

—Cuerno, usted es un tío.

—¿Por qué?

—Parece que adivina lo que la gente va a hacer. ¿Cómo sabía que este hijo de zorra trataría de matarme por la espalda?

—Lo he visto.

—¿Qué ha visto?

—Su postura forzada. Y el que solamente tenía una mano sobre la mesa. Además le he reconocido como a uno de los Killer.

Levantó al muerto, sujetándolo por la parte posterior de la camisa, y preguntó:

—¿Alguien sabe exactamente cómo se llamaba?

El camarero que estaba más cerca se pasó una mano por la boca.

Y dijo lentamente:

—Se llamaba Bob…

CAPÍTULO X

Se produjo un súbito silencio.

En realidad el nombre del muerto no tenía nada de particular, y no había motivo para que la gente se callase. Pero lo que ocurrió fue muy sencillo: Nadie se atrevió a hablar al ver la cara que había puesto Derby.

—Otro tipo llamado Bob… —murmuró éste—. A este paso no va a quedar en Baskerville ninguno que se llame así. Y también éste tenía que haberme matado.

Se volvió hacia Nummy.

—No sé si felicitarle o temerle, amigo. Parece usted un brujo. Por dos veces me ha salvado la vida y otras tantas ha adivinado lo que iba a suceder. No lo comprendo.

Nummy hizo un gesto de indiferencia.

—Simplemente ocurre que estoy atento. Mi único mérito es éste.

—¿Pero por qué me ha salvado la vida otra vez? En realidad no debiera tener ningún interés en que yo viva. Sólo soy un pistolero. ¿O tal vez tiene interés en ser usted mismo quien me mate, y por eso no deja que lo hagan los otros?

El divertido y a la vez diabólico pensamiento pasó por la mente del pistolero como un relámpago.

Entrecerró los ojos mientras miraba fijamente a Nummy.

E intentó buscar en el fondo de su memoria algún recuerdo relacionado con aquella cara, algo que le hiciera pensar que aquel hombre tenía interés en acabar con él. Pero hubo de reconocer que era la primera vez que oía el nombre de Nummy, y por otra parte —y eso era lo más importante—, jamás había visto aquella cara antes de ahora.

Al fin se encogió de hombros.

Sirvió a Nummy otro vaso, en sustitución del que acababa de lanzar, y brindó de nuevo:

—A su salud, Nummy.

—A la suya, Derby.

Ya nadie parecía acordarse del muerto. Éste fue retirado por dos de los camareros como si fuera simplemente basura de la que cada día sacaban del «saloon».

Después de vaciar la botella —cosa que dejó a los dos hombres tan frescos como si hubieran bebido agua—, se dirigieron a la entrada del «saloon».

—Le repito las gracias por lo que ha hecho, Nummy. Nunca olvidaré que me ha salvado la vida dos veces.

—Pues yo, en su lugar, no pensaría más en ello.

—Ya sabe dónde voy a pasar la noche. Si corre peligro o necesita cualquier clase de ayuda, no vacile en llamarme. Hemos de recordar que aún quedan vivos dos de los Killer.

Nummy sonrió.

Dio una palmada en la espalda de su extraño amigo y se alejó de allí para dirigirse a la habitación donde pensaba pasar la noche.

Ésta no era la misma desde la que había disparado a través de la ventana en ayuda de Derby.

Si estaba allí en el momento de producirse el atentado de Bob, era porque vigilaba al famoso pistolero. Pero en realidad Nummy vivía en otra parte. Su habitación más o menos fija estaba situada casi frente a la oficina del alguacil, al que de este modo podía proteger.

Si alguien se acercaba para causar daño a Silvia, Nummy podría ajustarle las cuentas con su revólver y desde su propia ventana.

Se tendió en la cama y permaneció despierto un buen rato, mientras sus oídos captaban los menores rumores de la noche.

Pero todo estaba en calma en la diabólica ciudad de Baskerville. Y poco a poco se fue quedando dormido.

Durante las primeras horas del día siguiente, nada especial sucedió. El hombre a quien todos conocían por Derby no salió de su habitación porque al parecer no deseaba mezclarse con la gente de la ciudad. En cuanto a Nummy, tampoco se movió del sitio donde había pasado la noche. Temía que de un momento a otro alguien intentara algo contra la oficina del alguacil, y por si eso sucedía

deseaba estar al cuidado y proteger el local con el fuego de su revólver.

Pero Baskerville le pareció la ciudad más tranquila del mundo.

Nada sucedía.

Nummy vio al alguacil Lennon que salía de su casa y volvía a la oficina, para relevar a Bradley. El de la estrella llevaba un brazo en cabestrillo pero parecía encontrarse mucho mejor. De todos modos no iba a poder hacer gran cosa si los Killer que quedaban vivos decidían seguir con su proyecto inicial y asaltaban la oficina.

Bradley se retiró poco después.

Caminaba difícilmente y un poco encorvado, como si la bala que tenía cerca del corazón le doliera más que nunca.

Nummy comió en su habitación y aguardó a que cayeran las primeras sombras de la noche.

Entonces salió a la calle, dispuesto a hablar con Silvia, Quizá no fuera mala idea sacar a la chica de la ciudad y llevarla a cualquier otro sitio más tranquilo. Él mismo la acompañaría.

Cuando cruzó la calle era ya casi noche cerrada en la ciudad.

Las luces aún no se habían encendido, y por esa razón no se veía apenas a media docena de pasos. Tímidamente aquí y allá, empezaron a asomar algunos faroles en las puertas, especialmente las de los «saloons», pero la zona correspondiente a la oficina del alguacil permanecía sumida en tinieblas.

De todos modos la silueta de Nummy debía recortarse lo bastante bien para intentar alcanzarla con una bala.

Por lo menos eso pensaba el hombre que estaba tras él, tendido en uno de los tejados.

Aquel hombre preparó su rifle.

Puso todos sus músculos en tensión y se preparó para el disparo.

En aquel momento Lennon apareció en la puerta de la oficina.

—Nummy —murmuró—. ¿Qué hace usted aquí?

—Quería hablar con Silvia.

—Muy bien, pero antes ayúdeme a amarrar bien ese caballo. Creo que va a soltarse, y yo no puedo hacer nada con una mano.

Nummy fue a ayudarle.

Se desplazó rápidamente un paso con este objeto.

Y fue justamente entonces cuando el hombre del tejado apretó el gatillo de su rifle.

Había creído calcularlo todo muy bien, pero el último e inesperado movimiento de Nummy le desorientó. La bala solamente rozó la cabeza del joven. Éste se arrojó a tierra dando una voltereta en el aire. El segundo plomo ya no le encontró en el mismo sitio. La bala se hundió inútilmente en el suelo, mientras el alguacil se arrojaba a su vez para protegerse tras la puerta.

Nummy junto al porche, había tenido tiempo de volverse y ver el segundo fogonazo.

Identificó la situación de su enemigo. Y envió dos balas contra aquel lugar con una rapidez fulminante. Pero el hombre que acababa de disparar contra él estaba bien protegido y además no era tonto. Retrocedió sobre sí mismo con una sorprendente velocidad, al ver que había fallado el segundo disparo. Las balas de Nummy no hicieron otra cosa que llevarse pedazos de madera del tejado.

El joven se dio cuenta de que no iba a conseguir nada.

De un salto se introdujo en la oficina del alguacil, disparando otra vez para cubrirse. Pero ya nadie intentó nuevos ataques contra él.

Lennon masculló:

—¿Pero qué demonios ha ocurrido?

—Ya lo ha visto; alguien piensa que estoy demás en este mundo.

—Yo sé quién ha sido. Tiene que tratarse de esos malditos Killer. Aún quedan dos hienas vivas, de las cinco que llegaron aquí. Tienen miedo y por eso tratan de matarle por la espalda.

Nummy ni afirmó ni negó.

Sus facciones seguían siendo impenetrables y resultaba imposible entrar en el misterio de sus pensamientos.

—Bueno, lo importante es que he salido bien librado —dijo al fin, encogiéndose de hombros—. Y ahora, ¿puedo ver a Silvia?

—Naturalmente que sí.

—¿Qué tal día ha pasado ella?

—Bastante aburrido, como podrá comprender, Pero está segura, que es lo importante.

—Yo había pensado una cosa, Lennon.

—¿De qué se trata?

—Quizá sería mejor sacarla de la ciudad. Yo mismo me encargaría de trasladarla a un lugar más seguro.

—No está mal pensado. Vaya a ver qué opina ella.

Nummy se dirigió a la celda.

Desde allí la muchacha ya debía haber oído algo de la conversación, porque enseguida que entró el joven hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No quiero que se arriesguen por mí —dijo.

—No es ningún riesgo. Si yo la acompaño llegará sana y salva a la ciudad que prefiera.

—Eso es cierto en teoría. Pero los Killer tienen dinero y todavía pueden intentar algo.

—Son sólo dos.

—Pero por algo he dicho que tienen dinero. Pueden contratar a los pistoleros que necesiten, y lo que es aquí no les faltarán oportunidades.

—Puestos en este plan, también puedes contratarlos para asaltar la cárcel.

—Es cierto, pero su golpe resultaría mucho más difícil. En campo abierto tendrían todas las posibilidades.

Nummy sonrió.

—Es usted una chica valiente, Silvia. No quiere que nadie se sacrifique por usted.

—Se equivoca. Sin querer sacrifiqué a un hombre.

—¿Cómo se llamaba?

—Jim Donovan.

El joven entrecerró los ojos.

Nada sabía de lo que habían hablado el alguacil Lennon y el hombre llamado Custer, pero, lo imaginó enseguida, y se dio cuenta de la verdadera situación.

Alguien había matado a Jim Donovan confundiéndolo con Derby.

—No piense más en ello, Silvia —murmuró—. Posiblemente lo de Jim fue un accidente que hubiera ocurrido de todos modos. Y a mí no me importa el peligro con tal de sacarla de esta ratonera.

—Es usted muy generoso, Nummy. Se encuentran pocos hombres como Jim y como usted. Pero voy a decirle una cosa: los valientes de esa clase acaban cosidos a balazos en cualquier rincón. No quisiera que por mi culpa le ocurriera eso, de modo que olvide su proyecto.

Nummy le tendió la mano y luego se encogió de hombros.

—Sea como sea, celebro haberla conocido. No me alejaré demasiado de aquí. Y sí esos dos perros intentan algo le aseguro que se encontrarán con la horma de su zapato.

Sus manos estuvieron unidas un buen rato.

Demasiado tiempo tal vez para un espectador neutral como Lennon, que lanzó un silbido desde la puerta.

—Bueno, ya está bien. La va usted a gastar, Nummy.

Nummy retiró su mano poco a poco.

—Cuide de ella, alguacil. La chica vale su peso en oro.

—¡Y tanto! Pregúnteselo a los Killer.

En aquel momento alguien más entraba en la oficina.

Oyeron una voz bien conocida que saludaba:

—¿Pero qué es esto? ¿Nadie vigila? ¿Es que cualquiera puede entrar aquí?

Lennon se dirigió a la puerta.

—Hola, Derby, no le esperaba.

—Me han dicho que Nummy está aquí.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó desde dentro Nummy con una súbita sospecha.

—Alguien que le vio.

—¿Pero quién…?

—No lo sé. Un tipo que iba por ahí… ¿Qué importancia tiene eso?

—Ninguna, después de todo —dijo Nummy con una sonrisa—. Es cierto que cualquiera puede haberme visto entrar aquí. Bueno, Derby, ¿me permite que sea yo ahora quien le invite a un trago?

—¿Cómo no? Usted invita y yo pago. Es lo menos que puedo hacer por el que me ha salvado la vida dos veces. Además, me conviene llevarlo a mi lado. Me da buena suerte.

Nummy asintió.

Y los dos hombres iban a salir ya juntos cuando Bradley se presentó de nuevo en la oficina.

Lennon arqueó una ceja.

—¿Otra vez aquí, Bradley? ¿Pero es que se va a pasar la vida haciendo guardia?

—¿Y por qué no? Esa maldita bala no me deja dormir. Al menos aquí, sabiendo que hay peligro no sufro tanto.

—Está bien, quédese. Yo iré a tomar una copa con Nummy y con Derby.

—De acuerdo.

Los tres hombres salieron y Bradley se quedó de guardia, deseando tener la suerte de que hubiera allí un tiroteo de los que hacen época. Mal irían las cosas si a él no le correspondía por lo menos una bala.

Los tres hombres se dirigieron al mismo «saloon» donde la noche anterior había muerto otro de los Killer.

Las mismas chicas paseaban por allí con sus faldas provocativamente abiertas. Y como la vez anterior, abandonaron a todo el mundo para acercarse a los pistoleros.

Lennon murmuró:

—Esto está más animado que nunca… para que digan que Baskerville es una ciudad aburrida… ¿Y si nos sentáramos a una mesa?

Los otros asintieron.

Momentos después se encontraban sentados ante una botella de *whisky* de la mejor calidad. Lennon dijo:

—Usted reparte, Derby.

El interpelado fue a hacerlo.

Pero en aquel momento observaron que otro hombre que ocupaba una mesa contigua miraba fijamente al pistolero. Dio la sensación de que, al oírle llamar Derby, había experimentado una gran sorpresa. Aquel individuo se puso de pie de un salto, mirando hacia la mesa que ocupaban los tres hombres.

Unos segundos después avanzaba hacia ellos.

La derecha descansaba muy cerca del revólver.

Los tres alzaron un poco las manos, mirándole fijamente. La actitud de aquel individuo parecía incomprensible al principio. Pero enseguida se dieron cuenta de que miraba solamente a Derby.

—¿Cómo te han llamado? —preguntó, dirigiéndose a éste.

—Derby.

El otro hizo una mueca de asombro.

—Pero si tú no eres… —empezó a balbucir.

Lo que ocurrió a continuación fue muy rápido.

Fue tan veloz que ni Lennon ni Nummy pudieron seguirlo con los ojos. La verdad era que tampoco lo esperaban. Se oyeron dos

disparos tan veloces como un solo parpadeo.

Vieron caer pesadamente al hombre que había hablado a Derby.

Sus manos se habían crispado sobre la camisa manchada de sangre. Sus ojos desencajados miraban al revólver que acababa de matarle.

Sólo pudo balbucir una palabra:

—¡Perro…!

Luego cayó casi bajo la mesa, para no levantarse más.

Lennon y Nummy miraron el revólver humeante que su compañero todavía sostenía en la derecha.

El alguacil susurró:

—¿Pero por qué lo ha hecho, Derby? Él no iba a «sacar»…

—¿Es que no se han dado cuenta? Ese hombre debía conocer al verdadero Derby. Iba a decir delante de todos que yo no era la persona que finjo ser. —Naturalmente estas palabras fueron dichas en un susurro para que no las oyeran los de las mesas circundantes. Claro que de todos modos tampoco las hubieran oído. Todo el mundo estaba pendiente del cadáver, como si aquél fuera el primer muerto que se viera en Baskerville.

Lennon asintió.

—¿De veras cree que ése conocía al verdadero Derby?

—Naturalmente que sí. Todos han podido darse cuenta. Era un riesgo que tenía que presentarse tarde o temprano.

—En fin, de todos modos, ya está resuelto —dijo el alguacil—. Lo importante es que no lo sepa ningún miembro de la banda.

—No lo sabrán. Lo han demostrado durante el asalto al tren de Tucson.

Nummy no había dicho una palabra.

Se limitó a mirar el cadáver e hizo un gesto sombrío, apartando la botella.

—Yo no tengo ganas de beber —dijo.

Lennon rió silenciosamente.

—¿Qué pasa? ¿Le impresiona un muerto?

—Ese hombre no sabía que iba a morir.

—¡Vaya tontería! Eso no lo sabemos nadie. Si la gente conociera la fecha de su muerte, el mundo sería muy distinto.

El caso fue que los tres hombres se levantaron.

El clima de cordialidad parecía haberse roto. Los tres dirigieron

una última mirada al cadáver y se encaminaron hacia la salida del «saloon».

Andaban indolentemente, como los pistoleros tejanos.

Pero hubo algo que les hizo moverse mucho más aprisa. Disparos.

Disparos en la oficina del alguacil.

CAPÍTULO XI

Mientras ellos estaban en el «saloon», los acontecimientos se habían precipitado muy cerca de allí, en el local que vigilaba Bradley.

Ya sabemos que Bradley tenía auténticos deseos de morir. Pero ansiaba llevarse por delante a quien le diera el pasaporte para el otro barrio.

No esperaba que las cosas ocurrieran así, de aquella manera tan sucia y tan traidora.

Mientras estaba sentado tras la mesa de la oficina, con las piernas cruzadas y el rifle sobre las rodillas, oyó un disparo en la mismísima puerta.

Un bulto humano cayó de bruces en el umbral, quedando cruzado junto a la entrada.

Bradley se levantó de un salto.

Él no llevaba estrella ni era alguacil, pero no podía consentir que se cometiera un asesinato en la misma puerta de la oficina donde teóricamente residía la ley.

El tipo caído de bruces debía estar muerto, porque no se movía. Aunque no podía verle la cara, Bradley pensó que se trataba de un tipo joven.

Fue a volverlo, sujetándolo por la camisa.

De pronto lanzó un alarido de asombro y de ira.

El presunto muerto estaba más vivo que él. Y por añadidura llevaba un revólver escondido debajo del cuerpo.

Lo disparó casi a quemarropa sobre Bradley.

Éste lanzó un grito de horror, mientras se tambaleaba.

Pero la cosa no terminó aquí.

Quedaba el otro, el que había hecho el disparo al aire fingiendo

matar a su compañero.

Mortalmente herido, Bradley farfulló:

—¡Killer!

En efecto, era el jefe del grupo el que llegaba ahora junto a él saliendo desde las sombras.

También disparó contra Bradley, mientras una sonrisa cínica torcía sus labios.

Bradley siempre había querido morir, desde que le clavaron aquella bala junto al corazón. Pero ahora no lo deseó.

Al contrario. Quería llevarse por delante aquellas dos hienas.

Dispararon de nuevo contra él.

Lo estaban convirtiendo en un almacén de plomo.

Se tambaleó y echó a andar pesadamente, con las manos sobre las heridas. Quería pedir auxilio, sin darse cuenta de que eso era inútil. Unos pasos más allá se derrumbó para siempre.

Los dos asesinos no perdieron un minuto.

Se lanzaron hacia el interior de la oficina, abriendo la puerta que daba a las celdas.

Vieron a Silvia.

Ésta les contempló sin miedo, con una sonrisa de desprecio.

Killer masculló:

—No esperabas eso, ¿verdad, muñeca?

Ella dijo despectivamente:

—No me extraña. Las hienas aparecen siempre de noche.

Los dos canallas lanzaron al unísono una carcajada que parecía salida de la misma garganta.

—Te habíamos perdido demasiado tiempo para dejarte libre, preciosa. Ahora sabrás de verdad quiénes son los Killer.

Y tiraron de ella, para sacarla fuera.

Silvia se resistió.

Su vestido fue desgarrado.

Pero la muchacha era joven y hubiera podido oponer resistencia durante largos minutos, pese a ser dos contra ella. Eso no les interesaba a los asaltantes. Uno de ellos masculló:

—¡Date prisa! ¡No podemos perder ni un segundo!

Dos golpes propinados con el canto de la mano cayeron sobre la nuca de Silvia.

Ésta se desplomó, aun sin llegar a perder del todo el

conocimiento.

Vagamente se daba cuenta de lo que ocurría.

Los Killer la sujetaron por los zapatos y tiraron de ella, arrastrándola por el suelo. La exhibición de piernas que la muchacha les hacía, muy en contra de su voluntad, era como para marear a cualquiera, pero los dos granujas no se detuvieron ahora en la contemplación del panorama. Tenían los caballos ya preparados en la puerta y necesitaban aprovechar los segundos, antes de que cundiera la alarma.

—¡Pronto! ¡Va a llegar alguien enseguida!

Casi alcanzaban ya la puerta.

Por un momento llegaron a creer que su golpe de mano tendría éxito. Pensaron que estaban a un paso de conseguir aquello por lo que habían cabalgado durante tanto tiempo.

En aquel momento una figura se recortó en el umbral.

Era un hombre de ojos grises, y mandíbula cuadrada que no había sacado el revólver aún. Pero era como si ya lo tuviera en la mano. En sus ojos se leía la inflexible determinación de matar.

Nummy movió la derecha.

Fue relampagueante.

Disparó a través de la funda y los revólveres que sus enemigos no habían sacado aún fueron atravesados.

Los Killer levantaron las manos al mismo tiempo, con un gesto de horror, como si tuvieran un solo cuerpo.

—¡Nos rendimos!

Nummy hizo un extraño gesto con la boca.

—Muy bien. Volveos de espaldas.

—¡Tenemos derecho a un juicio legal! ¡Puedes encerrarnos aquí mismo!

Nummy repitió aquel extraño gesto.

—De acuerdo, compañeros, pero ahora volveos de espaldas.

Los dos granujas obedecieron.

Castañeteaban sus dientes a causa del terror. Y tenían las bocas espantosamente secas.

Nummy murmuró:

—Buen viaje, hijos de perra.

Y vació su revólver contra ellos.

Correspondieron tres balas a cada uno.

Los Killer se estremecieron, mientras chillaban de horror. Un momento después habían caído en el pasillo, bañados en su propia sangre.

En la puerta se escuchó entonces el ruido de un fósforo al encenderse.

Nummy miró hacia allí.

—Parece que le sigue gustando el tabaco, Derby.

En efecto, el pistolero se había puesto entre los labios uno de sus aromáticos cigarros. Sonreía delicadamente.

—Ha sido una bonita ejecución —dijo—. Pero quizá debió darles una oportunidad de defenderse.

—A las hienas no se les dan oportunidades —dijo Nummy—. Simplemente se las caza.

Y ayudó a levantarse a la muchacha, que aún lo miraba todo desde el suelo, con expresión trastornada.

—Ahora el peligro ya ha pasado, Silvia —murmuró—. Puedes estar tranquila y vivir en un hotel si lo prefieres.

Ella se llevó una mano a la cabeza.

Aún no parecía comprender del todo el horror que la rodeaba.

Dijo con un soplo de voz:

—Sí. Me marcharé de aquí… Si me quedara en este lugar, siempre recordaría a esos dos muertos bañados en su sangre.

—Es un sentimiento muy razonable —dijo Nummy—. Más valdrá que te vayas cuanto antes.

Y miró a Lennon.

—¿Puede acompañarla usted, alguacil?

—Claro que sí, con mucho gusto.

Tomó del brazo a Silvia y se dispuso a acompañarla. Pero antes de salir con ella preguntó extrañada:

—¿Dónde demonios está Bradley?

Nummy miró en torno suyo.

—No lo sé. Iré a buscarle.

Salió del local y estuvo unos minutos fuera, husmeando entre las sombras.

Cuando volvió, sus facciones parecían haberse vuelto grises.

—No lo sé —murmuró—. No lo entiendo. Hay manchas de sangre, pero Bradley ha desaparecido…

Con la muerte de todo el grupo de los Killer habían acabado

muchas cosas en la violenta ciudad de Baskerville. Pero lo peor estaba por resolver. Todos lo sabían. Todos estaban enterados de que la amenaza pendía sobre sus cabezas, igual que el día que aquella pesadilla comenzó. Toda la banda de los Jinetes de Medianoche estaba cerca, de la ciudad. Mientras no fuera aniquilada, cualquier cosa podía suceder.

Y de eso, precisamente, estaban hablando ahora Lennon, Nummy y el teórico jefe de la cuadrilla.

Se habían reunido en una habitación cerrada, donde tenían la seguridad que no iba a escucharles nadie.

Allí se estaban concretando los detalles para el exterminio total de la banda más peligrosa que había puesto sus pies en Arizona.

Lennon susurraba:

—El plan es bueno, Derby. Hacerlos pasar a todos por el Desfiladero del Potro es lo único que podemos llevar a la práctica. Desde lo alto de ese desfiladero liquidaremos fácilmente a toda la banda. En Baskerville no me costará encontrar voluntarios para una matanza de esta clase. Todos los granujas que pululan por aquí piensan que una batalla es como una fiesta.

Nummy guardaba silencio.

Su expresión estaba muy reconcentrada, por lo que el alguacil le preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿No le parece bien este plan?

—Un plan que haya trazado Derby, o como se llame, tiene que ser bueno —dijo el joven—, pero lo importante es saber cómo nos las arreglaremos para no matarle a él también.

El pistolero sonrió.

—Es conmovedor —dijo—. Nummy tiene más interés en salvar mi vida que si fuera mi propio padre.

—No hay razón para que muera —fue todo lo que replicó el joven.

Lennon vació el contenido de uno de los vasos que había sobre la mesa.

—Nada sucederá. Derby llevará un pañuelo rojo al cuello, y cuidará de que ninguno de los hombres de la banda lleve otro semejante. Eso hará que no le confundamos.

—En ese caso el plan es correcto —dijo Nummy.

Lennon concretó:

—¿Cuándo puede asestarse el golpe?

—Mañana mismo. Yo reuniré a toda la banda y diré que vamos a asaltar un rancho. Están acostumbrados a esto, porque durante mucho tiempo no hicieron otra cosa. Cuando se den cuenta, ya estarán metidos de cabeza en el Desfiladero del Potro.

—¿Ya qué hora sucederá eso?

—A las siete de la tarde, entre dos luces. Todo puede estar preparado para entonces.

—Lo estará. Empezaré a reclutar voluntarios a partir de ahora. Pero tendré que procurar que nadie salga de la ciudad, para que no haya filtraciones. Si algún miembro de la banda llegara a saber lo que se prepara, todo se iría al diablo.

—Yo también me ocuparé de que ninguno de los miembros de la banda se ponga en contacto con el exterior. Y ahora es mejor que no permanezcamos más tiempo reunidos. Alguien podría sospechar. Buenas noches.

Los tres hombres se pusieron en pie.

Salieron uno a uno de aquella habitación, en la que habían entrado por separado también.

Estaban seguros de que nadie les había visto.

Junto a la puerta, Lennon bisbiseó:

—Si consigue esto, Custer, se habrá convertido en el federal más famoso de los Estados Unidos. Llegará a donde quiera. No le costará trabajo ganar, si quiere, incluso unas elecciones para gobernador.

—Claro que lo conseguiré. Ya puede dar por liquidada a toda la banda de los Jinetes de Medianoche. Pero tienen que ayudarme. Procuren que sus rifles no fallen. Los que tienen que matar son ustedes…

Lennon sonrió.

—Cada uno de los hombres que traeré conmigo sólo espera eso: matar…

CAPÍTULO XII

Si alguacil de Baskerville había trabajado bien. Claro que en la ciudad no resultaba difícil encontrar voluntarios para una matanza, pero Lennon actuó con discreción y energía a la vez. Ni un solo rumor se filtró fuera de Baskerville. La banda de Derby debía estar bien ajena a lo que le esperaba.

Hacia las tres de la tarde, veinte hombres, entre los que figuraban Lennon y Nummy se dirigieron hacia el Desfiladero del Potro, empleando caminos poco frecuentados.

Los hombres a los que tenían que eliminar eran quince como máximo.

Sobraban, por tanto, cinco rifles.

La victoria era segura, puesto que además cazarían la banda en una especie de callejón donde no había sitio ni para hacer girar los caballos.

Hacía una tarde de radiante sol.

Hacia las siete aún se veía perfectamente. Las figuras de las víctimas se recortaban perfectamente ante el punto de mira de los rifles.

Cerca del desfiladero, la tropa de veinte hombres se disgregó en tres grupos: dos de siete y uno de seis, para llamar menos la atención.

Llegaron puntualmente al lugar previsto.

Dejaron los caballos a cierta distancia con un hombre que los vigilara. Los diecinueve restantes se situaron entre las rocas, en lo alto del desfiladero, de forma que dominaran bien el fondo de éste.

Las horas fueron transcurriendo.

Las sombras de los objetos fueron haciéndose más largas, mientras el sol descendía poco a poco en el horizonte. Era un sol

enorme y rojo, como de sangre. Los hombres, agazapados detrás de sus rifles, esperaban anhelantes, sintiendo que se secaban sus bocas.

El calor, que había sido agobiante, iba dulcificándose poco a poco. Con el atardecer, unas ráfagas de aire frío empezaban a azotar los rostros de los que andaban esperando.

La visibilidad era perfecta.

Lennon consultó su reloj.

Las seis y media.

Se aproximaba el gran momento. La tropa de los pistoleros de Derby no podía tardar ya.

Notaba que los pistoleros voluntarios empezaban a ponerse nerviosos.

A todos les emocionaba enfrentarse a los Jinetes de Medianoche. Pero Lennon confiaba en que no fallarían a la hora de la verdad, cuando tuvieran que apretar los gatillos de sus rifles.

Consultó su reloj de nuevo cuando le parecía que ya había transcurrido un tiempo indefinido.

Pero sólo eran las siete y cinco.

—Parece que se retrasan… —murmuró el alguacil.

Pero pronto vio que no era así.

El plan trazado estaba resultando perfecto.

Se distinguía a lo lejos una nube de polvo formada por un numeroso grupo de jinetes. Ese grupo se dirigía inequívocamente hacia el Desfiladero del Potro.

Lennon miró a Nummy.

—Ya están ahí…

En efecto, empezaban a distinguirse entre el polvo las siluetas de los caballos y los jinetes.

Los que les aguardaban prepararon sus armas.

Con cierta ansiedad fueron contándolos a distancia. Doce… Trece… Catorce… Justos, quince.

Lennon murmuró:

—Lo que esperábamos. Ni uno más ni uno menos.

Hizo a sus hombres la última advertencia, aunque antes ya había hablado con ellos de lo mismo.

—Recordad que no debéis disparar contra el hombre que lleve un pañuelo rojo al cuello. Seguramente se dejará caer a tierra de los primeros, pero no le apuntéis bajo ningún concepto. Él tiene que

quedar vivo.

Los voluntarios asintieron.

Todos estaban ya nerviosos, ansiando disparar.

Los Jinetes de Medianoche estaban ya muy cerca.

Iban a entrar en el desfiladero:

Lennon murmuró:

—¡Atención…!

Estaba convenido que él haría el primer disparo. Ésa sería la señal para la matanza.

Los jinetes entraron en el desfiladero de dos en dos. La reducida anchura de éste no permitía avanzar de otra manera.

Delante de todos, ocupando el puesto que teóricamente era el de mayor peligro, se encontraba un hombre con un pañuelo rojo al cuello.

Los rifles dejaron de apuntarle a él, para concentrarse en otros blancos.

Prácticamente la batalla —si es que podía llamársele así—, terminaría en un instante.

Cada hombre tenía ya apuntada a su víctima, y aún sobraban cuatro rifles. Había pistoleros que recibirían más de una bala.

¡Y a aquella distancia no se podía fallar!

Lennon apretó los labios.

Y dio la señal, haciendo el primer disparo, mientras gritaba:

—¡Ahora!

Un verdadero huracán de plomo se abatió sobre los hombres que estaban abajo.

Los jinetes fueron materialmente arrancados de sus sillas.

La confusión que se produjo fue espantosa.

Los caballos se encabritaron al sentir el roce del plomo, y en el fondo del desfiladero se formó una nube de polvo que lo tapaba todo. Durante unos instantes fue imposible ver allí otra cosa que confusas siluetas moviéndose en un alocado baile.

Lennon gritó:

—¡Cuidado con el del pañuelo rojo!

Pero en aquel momento ya nadie tenía cuidado de nada.

Los voluntarios tiraban alocadamente y al bulto preocupándose sólo de darle gusto al dedo.

Pronto notaron, sin embargo, que las cosas no eran tan sencillas.

Teóricamente la batalla debía haber terminado enseguida. Pero, o algunos de los tiradores habían fallado, o los pistoleros de abajo sabían defenderse aunque tuvieran una bala en el cuerpo. Desde el fondo del desfiladero empezaron a subir balas hacia arriba. Algunos de los voluntarios que se habían arriesgado a asomarse en exceso lanzaron gritos de dolor al ser mordidos por el plomo.

Lennon se irguió, mientras aullaba:

—¡Imbéciles! ¡Todos a cubierto! ¿Queréis que os maten?

Pero el que había cometido una imprudencia era él.

Acababa de dejar medio cuerpo al descubierto y una de las balas que resbalaban por entre las rocas le alcanzó de lleno.

Lennon se contorsionó, sin soltar su rifle.

Entendía de heridas y se había dado cuenta ya que la suya era mortal; El plomo le había atravesado el pecho de parte a parte.

Pero siguió disparando, mientras aullaba:

—¡Cuidado! ¡Están subiendo por la ladera! ¡Disparad sin piedad!

En efecto, los forajidos, heridos o no, estaban intentando llegar hasta sus atacantes sabiendo qué era inútil salir del desfiladero. Al menos media docena de ellos estaban consiguiendo llegar ya a poca distancia de los puestos de tiro. Pero con eso quedaron fuera de la nube de polvo que en parte les protegía.

Lennon gritó de nuevo:

—¡Ya están aquí! ¡A ellos!

Nuevos disparos fueron vomitados casi a boca de jarro.

El esfuerzo desesperado de los pistoleros resultó baldío.

Todos resultaron mortalmente alcanzados por el plomo.

Sus figuras chocaron entre las rocas, mientras resbalaban hacia abajo. Los disparos se recrudecieron. Cada una de aquellas figuras humanas fue alcanzada media docena de veces.

Y de pronto, el fuego cesó.

Los tiradores se habían dado cuenta de que ya no tenían a quien matar.

Un silencio espantoso se hizo en el desfiladero, donde antes había sonado la canción de la muerte.

Todos miraban hacia abajo.

La nube de polvo que lo llenaba todo, se iba disipando lentamente.

Ya empezaba a verse lo que había abajo: los restos de una

verdadera carnicería.

Ninguno de los cuerpos tendidos en el fondo del desfiladero se movía. Cada uno de ellos había sido alcanzado por casi una docena de balazos. La banda de los Jinetes de Medianoche había quedado completamente aniquilada.

Los voluntarios fueron contando los muertos como el que cuenta las piezas después de la cacería.

—Doce… Trece… ¡Catorce!

Lennon, que estaba tendido entre dos rocas, sintiendo que se desangraba, murmuró:

—¿Habéis contado… catorce?

Nummy se inclinó sobre él.

—Sí. Justos.

—Eran… quince.

—Pero el jefe se ha salvado, naturalmente.

—Ese Custer… es un diablo.

—¿Se llama Custer?

—Sí, ése es su nombre… Uno de los mejores federales que tiene el Gobierno… Lo enviaron aquí expresamente para acabar… con esa condenada banda…

Nummy apretó los labios, haciendo una mueca.

—Pues lo ha conseguido —susurró.

—¿No hay en el desfiladero… ningún cadáver… con un pañuelo rojo al cuello?

—No. Ninguno.

—Entonces Custer ha huido…

—Sí. Ha sido lo bastante listo para saber lo que sucedería y escapar de la quema.

—Pronto se pondrá en contacto con…, con…

—Sí, Lennon, pronto se pondrá en contacto con usted.

El alguacil sonrió tristemente, sin fuerzas.

—No, conmigo no… Demasiado sé que estoy liquidado… No viviré ni cinco minutos… Y me está bien empleado por idiota… Busque usted a Custer, Nummy… Póngase en contacto con él. Declare lo que ha visto. Diga que Custer… sirvió a la ley.

—Sí… Diré lo que he visto.

—Siento… no poder hacerlo yo.

Y Lennon trató de incorporarse.

Hizo un último esfuerzo para morir con dignidad.

Pero no consiguió nada. De pronto todo su cuerpo se derrumbó. Nummy se dio cuenta de que ya no quedaba en él ni un hálito de vida.

Dejó caer poco a poco la cabeza, que le había sujetado en el último minuto.

En sus facciones flotaba una expresión indescifrable.

Resultaba imposible adivinar lo que pensaba.

Se puso en pie y dijo a los voluntarios, que ya empezaban a bajar al fondo del desfiladero.

—Podéis registrar los cadáveres y quedaros lo que llevan. Luego los enterráis. La lucha ha terminado.

No hacía falta que diera aquel permiso.

De todos modos, los granujas salidos de Baskerville pensaban ya quedarse con las pertenencias de los muertos. No habían hecho aquel «trabajo» desinteresadamente.

Nummy se dirigió al lugar donde estaban los caballos, y subió al suyo pensativamente, sin decir una palabra. Sabía que le esperaba una dura tarea. Una labor que a nadie podía explicar.

CAPÍTULO XIII

Durante dos días estuvo cabalgando por las cercanías, pero sin dejarse ver.

Durante ese tiempo no hizo más que buscar, seguir huellas, meterse por trochas y por atajos, pendiente de alguien que no debía andar muy lejos, pero al que no encontraba.

Bueno, eso de que estuvo dos días cabalgando y siguiendo huellas tampoco es absolutamente cierto.

También se movió por el cementerio de Baskerville, durante la noche.

El cementerio de aquella ciudad maldita resultaba bastante curioso. Era quizá el mayor de todo Arizona.

No porque en Baskerville muriera más gente que en otros sitios, sino porque las tumbas estaban muy separadas unas de otras. Los primeros sepulcros fueron abiertos así, y luego ya la gente siguió la costumbre.

Desde muchas tumbas no se veían las otras. Durante la noche uno podía fácilmente extraviarse allí.

Nummy, pues, estuvo en aquel cementerio. Y luego cabalgó sin descanso durante dos días.

Por fin encontró las huellas que buscaba.

Era ya al anochecer.

Las siguió, aun a riesgo de equivocarse, pues aunque se había fijado en las herraduras de cierto caballo, podía haber otras iguales. Una hora más tarde, cuando ya la noche acababa de cerrar, se dio cuenta de que no se había confundido.

Su hombre estaba allí.

Dormía plácidamente junto a los restos apagados de una fogata. O al menos daba la sensación de que dormía tranquilamente.

No era así, y Nummy lo sabía.

No se sorprendió por eso cuando el otro, avisado por una especie de sexto sentido, se despertó bruscamente, llevando la derecha al revólver que descansaba bajo su manta.

Nummy no hizo ningún gesto.

Se limitó a sonreír plácidamente mientras murmuraba:

—Hola, Custer.

El otro se removió. No estaba tranquilo. No bajó el revólver cuando dijo:

—¿Qué haces aquí, Nummy?

—Ya lo ves. Te he estado buscando.

—¿Para qué?

—Hombre, simplemente quería hablar contigo…

—¿Qué es lo que hemos de hablar tú y yo?

—Pues… de muchas cosas. ¿Pero por qué no bajas el revólver? ¿Desconfías del hombre que te ha salvado la vida dos veces?

El otro lanzó una carcajada breve, mientras bajaba efectivamente su «Colt».

—Tienes razón, no puedo desconfiar de ti… ¿Pero qué infiernos quieres?

—Pedirte que me acompañes.

—¿Adónde?

—A un sitio que no está lejos de aquí. Pero puedes estar tranquilo, Custer. Te dejaré ir detrás mío por si temes una trampa.

El interpelado rió de nuevo, mientras se ponía en pie.

—No, no temo nada… Si quisieras matarme, ya podrías haberlo hecho mientras estaba dormido. Tuviste tiempo. Nummy.

—Desde luego, lo tuve.

El otro se puso en pie y empezó a ensillar su caballo parsimoniosamente.

Parecía muy tranquilo, pero de todos modos un observador atento se hubiese dado cuenta de que todos sus nervios estaban en tensión.

Los dos hombres montaron poco después.

Nummy murmuró:

—Por favor, sígueme.

—Con mucho gusto…

Pese a lo que había dicho antes sobre la confianza, el

acompañante de Nummy fue detrás de éste. Los dos hombres trotaron a poca velocidad hacia el sur. Una hora más tarde llegaron al extenso cementerio de Baskerville.

Naturalmente, no había nadie allí. Nummy descabalgó ante una lápida de mármol nueva.

Los dos se acercaron a ella.

—Mira, Custer.

Los ojos del interpelado se dilataron de asombro al leer:

«TED CUSTER
Agente federal de los Estados Unidos.
Muerto en el cumplimiento de su sagrado deber»

Eso era lo que estaba escrito sobre la lápida.

Nummy susurró:

—Supongo que es una agradable noticia para ti.

—¿Has…, has preparado mi propia tumba?

Nummy rió silenciosamente.

—No, la tuya, no, puesto que tú no eres Custer. A Custer le mataste por el camino, robándole su documentación. Tú eres el verdadero Derby.

El así llamado no se asombró.

Una carcajada seca y chirriante partió de su garganta.

—Vaya… Parece que sabes muchas cosas, Nummy.

—Sólo unas pocas, pero las suficientes. Sabía que eras Derby desde el primer momento en que te vi. En realidad te había estado buscando durante mucho tiempo.

—¿Tú a mí? ¿Y para qué?

—Para darte las gracias.

El otro hizo una mueca, sin comprender.

Una visible expresión de asombro se dibujaba en su rostro.

—¿Darme las gracias… a mí? —susurró.

—Sí, y por una sencilla razón. Yo soy el hijo del *sheriff* a quien salvaste la vida en Santa Fe. Puede que sea el único acto bueno que has hecho en tu vida, pero para mí es bastante. Por eso te salvé a mi vez. Ansiaba pagar la deuda en nombre de mi padre. Y por eso he tratado de salvarte definitivamente.

Señaló la lápida.

—Teóricamente, Derby está muerto —dijo—. Un desdichado llamado Jim Donovan tuvo la mala suerte de que lo confundieran contigo. Fue una cruel casualidad. Uno de tus hombres, perdidamente borracho, dio unas señas que sólo correspondían a la realidad parcialmente. Y el pobre Donovan pagó el pato.

Hizo una breve pausa, para añadir:

—Teóricamente Derby está muerto, y Custer (cuya personalidad tienes ahora) lo estará también. Puedes desaparecer tranquilamente. Nadie te buscará.

Derby sonrió de una forma torcida, extraña.

Sus dientes parecieron crujir cuando habló:

—Haces mal en darme tantas facilidades, Nummy. Sabes que yo organicé el asalto al tren de Tucson para tener así un botín que me permitiera retirarme. Sabes que yo he liquidado a mi propia banda sin ningún remordimiento, para así no tener que repartir. Debes sospechar que yo fui el que te tiroteó desde el tejado, porque tu actitud me daba demasiado que pensar. Y debes tener la seguridad de que asesiné en el «saloon» a aquel hombre que dijo reconocerme. En realidad era un pobre fulano pagado al que dije que tenía que hacer un poco de comedia sin ningún peligro. El objetivo era que Lennon creyera hasta el último momento que yo no era Derby, ya que quizá le extrañaría que las cosas marcharan tan bien en mi banda. Sí… Reconozco que asesiné a aquel pobre tipo. Y confieso también que mi propósito era dar un buen golpe contando incluso con la ayuda de la ley, lo cual no dejaba de tener gracia, y liquidar mi banda del mismo modo. Ahora no me quedaba más que recoger el botín y huir. Pero tú has acabado de poner bien las cosas… ¿Quién está enterrado en esta tumba?

—No lo sé. La encontré ya hecha, y lo único que por mi parte realicé fue colocar la lápida. Había hecho desaparecer el cadáver de Bradley para enterrarlo aquí, pero luego lo oculté entre unos matojos porque vi que no era necesario. Al fin y al cabo, si hay un desconocido enterrado ahí abajo, ya es suficiente. Pero tengo una condición, Derby.

—¿Sí? ¿Cuál?

—No te llevarás ese botín manchado con sangre. Al menos eso lo devolverás. Puedes conservar la vida, pero sin llevarte el oro.

Derby lanzó una carcajada ronca.
—Muy difíciles pones las cosas, Nummy.
—Al contrario, te las pongo demasiado fáciles.
—Lástima que seas un hombre honrado.
—¿Por qué?
—Porque podríamos repartirnos el dinero.
—Nada de eso, Derby. No hay trato. Devolverás el botín, diciéndome dónde está realmente o…
—¿O qué?
—Lo sentiré mucho, pero se medirán nuestros revólveres.
Derby volvió a emitir una risita ronca.
—El botín está realmente en los puntos que señalé en el plano, pero no tendrás tiempo de buscarlo. Lo siento por ti, pero voy a liquidarte, Nummy. Aunque sea una lástima.
—Muy seguro estás, Derby.
—Y tanto… A mí solo puede matarme algún tipo llamado Bob.
Y se puso tranquilamente en los labios uno de sus aromáticos cigarros.
Rascó un fósforo, encendió y lo arrojó a su espalda. En aquel momento ya se había situado junto a la mismísima lápida.
Nummy tenía las facciones contraídas.
Se daba cuenta de que tendría que matar a aquel hombre. No hubiera querido hacerlo, pero las circunstancias se estaban imponiendo.
Acercó la mano al «Colt».
Y bisbiseó:
—Lo siento, Derby, pero tendrás que defenderte. Tu vida o la mía…
Los dos hombres se tensaron.
Sus manos estaban crispadas.
Sus dedos a punto de hacer el gesto fatal.
Y de pronto, Nummy gritó:
—¡Cuidado!
No era una trampa. El fósforo encendido, al caer, había quemado los granos de pólvora que había a un lado de la lápida, y que penetraban bajo ésta, formando un reguero. Alguien había derramado allí explosivos intencionadamente. Quizá la tumba era un polvorín.

Derby también se dio cuenta.

Y se percató de algo más.

De algo terrible…

—¡Los explosivos de Bob! —aulló—. Los malditos explosivos de Bob…

Quiso saltar, pero ya no llegó a tiempo.

El reguero de pólvora había prendido en los apretados sacos. La compresión hizo el resto. La tumba se convirtió en la boca de un volcán.

Nummy, que se había arrojado al suelo instantáneamente; se levantó unos segundos después.

El humo lo llenaba todo.

La lápida había desaparecido.

Y casi había desaparecido también el cuerpo de Derby que estaba sobre ella.

Nummy no quiso mirar el sangriento espectáculo.

Hizo un gesto de pesadumbre y se alejó de allí.

Dios santo, tenía que llegar cuanto antes a Baskerville.

De pronto le había entrado una terrible impaciencia.

No quería dar lugar a que se marchase Silvia.

FIN